

EL PLACER DE LEER A FREUD

por

Juan David Nasio

gedisa
editorial

Este libro es la versión profundamente modificada y aumentada del primer capítulo del libro *Grandes Psicoanalistas*, Introducción a las obras de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein, Winnicott, Dolto y Lacan, publicado en dos volúmenes por Editorial Gedisa, en 1996.

Título del original en francés: *Le plaisir de lire Freud*

© 1994, Éditions Rivages

© 1999, Éditions Payot & Rivages

Traducción: Irene Agoff

© Editorial Gedisa, S.A.
Avda. del Tibidabo, 12, 3º
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
gedisa@gedisa.com
www.gedisa.com

ISBN 978-84-7432-758-8

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

*Lo que me maravilla cuando leo a Freud,
cuando lo comprendo,
es su fuerza, su locura, su fuerza loca y genial
de querer explicar la fuente íntima
que nos anima a nosotros los humanos.*

*El placer de leer a Freud
es descubrir que, más allá de las palabras,
de quien habla es de nosotros.*

¿Cómo leer a Freud?

*

Esquema de la lógica del funcionamiento psíquico

*

Definiciones del inconsciente

*Definición del inconsciente desde el punto de vista
descriptivo*

*Definición del inconsciente desde el punto de vista
sistemático*

*Definición del inconsciente desde el punto de vista
dinámico*

El concepto de represión

*Definición del inconsciente desde el punto de vista
económico*

Definición del inconsciente desde el punto de vista ético

*

El sentido sexual de nuestros actos

*

El concepto psicoanalítico de sexualidad

Necesidad, deseo y amor

*

*Los tres principales destinos de las pulsiones
sexuales: represión, sublimación y fantasma.*

El concepto de narcisismo

*

*Las fases de la sexualidad infantil
y el complejo de Edipo
Comentario sobre el Edipo del varón:
el papel primordial del padre*

*

*Pulsiones de vida y pulsiones de muerte.
El deseo activo del pasado*

*

*La segunda teoría del aparato psíquico:
el Yo, el Ello y el Superyó*

*

El concepto psicoanalítico de identificación

*

*La transferencia es la puesta en acto
de una pulsión cuyo objeto fantasmático
es el inconsciente del psicoanalista*

¿Cómo leer a Freud?

El propósito de este libro es presentar lo esencial de la teoría de Freud, cuya obra impregna todavía hoy nuestra manera de practicar el psicoanálisis, nuestra manera de hablar y, en general, nuestra cultura contemporánea. He concebido este libro como un instrumento de trabajo destinado a leer y comprender a Freud. Se divide en tres partes: una exposición clara y rigurosa de las ideas fundamentales de la obra freudiana, fragmentos escogidos de esta obra y un cuadro cronológico de los acontecimientos decisivos de la vida de Sigmund Freud. A través de estas páginas intenté sobre todo suscitar en ustedes, lectores, la apetencia de consultar directamente los escritos originales de Freud, leyéndolos con placer.

Este volumen introductorio está destinado igualmente al estudiante deseoso de obtener una clave para abordar a Freud, como al analista

confirmado que —a semejanza del creador del psicoanálisis— no cesa de volver a los fundamentos de la teoría. Acordémonos de los numerosos textos en los que Freud recoge las bases de su doctrina a fin de deslindar lo esencial de ellas; así lo hizo, por ejemplo, en el último, *Compendio del psicoanálisis*, que escribió a los ochenta y dos años. ¿Qué sucedió entonces? Una cosa extraordinaria. Cuando escribe el *Esquema*, Freud inventa nuevos conceptos. Así pues, el retorno a los fundamentos suele ocasionar la generación inesperada de lo nuevo. La enseñanza se hace investigación, y el saber antiguo, verdad nueva.

El principio que guió constantemente mi trabajo de transmisión del psicoanálisis puede resumirse en una fórmula: *intentemos decir lo que ya se dijo y tendremos la suerte, quizás, de decir algo nuevo*. Este es el espíritu en el que escribí el presente trabajo.

* *

*

*La aceptación de los procesos psíquicos inconscientes,
el reconocimiento de la doctrina de la resistencia
y de la represión,
la consideración de la sexualidad y del complejo de Edipo
son los contenidos principales del psicoanálisis
y los fundamentos de su teoría,
y quien no esté en condiciones de adherirse a esos principios
no debería contarse entre los psicoanalistas.*

S. Freud

Un siglo —¡y qué siglo!— nos separa de Freud, de aquel día en que decidió abrir su consultorio de Viena y escribir la primera obra fundadora del psicoanálisis, *La interpretación de los sueños*.

Un siglo es mucho tiempo; mucho tiempo para la historia, para la ciencia y para las técnicas. Mucho para la vida. Y, sin embargo, es muy poco para nuestra joven ciencia, el psicoanálisis. Reconozco que el psicoanálisis no progresa a la manera de las disciplinas científicas y sociales. Se ocupa de cosas simples, muy simples, que son también inmensamente complejas. Se ocupa del amor y del odio, del deseo y de la ley, del sufrimiento y del placer, de nuestras palabras, de nuestros actos, de nuestros sueños y fantasmas. El psicoanálisis se ocupa de cosas simples y complejas, pero eternamente actuales. Se ocupa de estas cuestiones no sólo utilizando un pensamiento abstracto, sino también a través de la experiencia humana de

una relación concreta entre dos partenaires, analista y analizante, en interacción permanente.

Pero un siglo, insisto, es mucho. Y en el curso de estos cien años, los problemas tratados por el psicoanálisis a menudo han sido conceptualizados desde distintas perspectivas. La experiencia siempre singular de cada cura analítica impone, en efecto, al analista que se adentra en ella el compromiso de pensar cada vez de otra manera la teoría que justifica su práctica. Sin embargo, un hilo inalterable entretejido por los principios fundamentales del psicoanálisis atraviesa el siglo, ordena la pluralidad de las corrientes analíticas y asegura el rigor de la teoría. Ahora bien, ¿qué hilo es ese que garantiza semejante continuidad? ¿Cuáles son los fundamentos de la obra freudiana? Estos fundamentos han sido comentados, resumidos y reafirmados en innumerables ocasiones. ¿Cómo, entonces, transmitirlos para ustedes de una manera novedosa? ¿Cómo hablar de Freud en el día presente?

He optado por presentarles mi lectura de la obra freudiana partiendo de una pregunta que me ha acosado durante los últimos días, mientras escribía este texto. Me pregunté sin cesar qué era lo que me asombraba más en Freud, lo que vivía de él en mí, en el trabajo con mis analizantes, en la reflexión teórica que orienta mi escucha, y en el

deseo que me anima de transmitir y de hacer existir el psicoanálisis tal como existe en este instante en que están leyendo ustedes estas páginas. Lo que más me asombra en Freud, lo que en su obra me remite a mí mismo y lo que, en consecuencia, infunde en la obra su vigencia actual, no es su teoría, de la que, empero, he de hablarles, ni siquiera su método, que aplico en mi práctica. No. Lo que me maravilla cuando leo a Freud, cuando pienso en él, es su fuerza, su locura, su fuerza loca y genial de querer asir en el interior del otro las causas de sus actos, el querer encontrar la fuente íntima que anima a un ser. Sin duda, Freud es ante todo una voluntad, un deseo empecinado de saber, pero su genialidad está en otra parte. La genialidad es algo diferente de la voluntad o el deseo. El genio de Freud es haber comprendido que, para captar las causas secretas que animan a un ser, que animan a ese otro que sufre y a quien escuchamos, en primer lugar y por encima de todo hay que descubrir esas causas en uno mismo, hay que volver a uno mismo. Rehacer en sí —conservando al mismo tiempo el contacto con el otro que tenemos frente a nosotros— el camino que va de nuestros propios actos a sus causas. La genialidad no reside, pues, en el deseo de develar un enigma, sino en prestar el yo propio a ese deseo; en hacer de nuestro yo un instrumento, el instrumento capaz

de revelar el origen velado del sufrimiento del que habla. La voluntad de saber, tan tenaz en Freud, conjugada con esa humildad excepcional de comprometer su yo para conseguirlo, es lo que admiro tanto y de lo que jamás podré dar cuenta plenamente con palabras y conceptos. El genio freudiano, como todo genio, no se explica ni se transmite y, sin embargo, está concretamente presente en todos los practicantes que se abren a la escucha de sus pacientes. El genio freudiano es el salto que todo analista está llamado a realizar dentro de sí cada vez que presta su yo para escuchar verdaderamente a su analizante.

Esquema de la lógica del funcionamiento psíquico

Freud nos ha dejado una obra inmensa —fue, como sabemos, un trabajador infatigable— y toda su doctrina está marcada por su deseo de descubrir el origen del sufrimiento del otro sirviéndose de su propio yo. Indudablemente, toda la obra freudiana es, en este aspecto, una inmensa respuesta, una respuesta inacabada a la pregunta: ¿qué cosa nos anima? ¿Cuál es la causa de nuestros actos? ¿Cómo funciona nuestra vida psíquica?

Quisiera justamente hacerles entender lo esencial del funcionamiento mental según lo encara el psicoanálisis y tal como se confirma en la realidad concreta de una cura. La concepción freudiana de la vida mental puede formalizarse, en efecto, en un esquema elemental que concebí durante mis sucesivas lecturas de los escritos de Freud. A medida que intenté acercarme más al núcleo de la

teoría, la vi transfigurarse. Primeramente, se redujo la complejidad. Luego, las diferentes partes se imbricaron unas en otras para ordenarse finalmente en un sencillo mapa de sus relaciones. Si consigo hacerles comprender ese esquema, habré cumplido plenamente mi objetivo de introducirlos a la obra de Freud, pues ese esquema resume en una síntesis asombrosa la lógica implícita de los textos freudianos en su conjunto. Desde el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, publicado en 1895, hasta su última obra, *Esquema de psicoanálisis*, escrita en 1938, Freud no cesa de reproducir espontáneamente, a menudo sin saberlo, en un cuasi automatismo del pensamiento, el mismo esquema de base expresado según diversas variantes. Precisamente, lo que procuraré exponerles ahora es ese esquema lógico esencial.

Pediré al lector que, una vez cerrado este pequeño libro, se someta a la experiencia siguiente: tomar al azar un escrito de Freud y leerlo teniendo presente nuestro esquema. Sabrá entonces si su comprensión del texto le resultó más límpida y menos laboriosa. Quisiera que leer a Freud sea un placer, el placer de pensar y de comprender nuestro funcionamiento psíquico.

Procederemos en la siguiente forma: comenzaré por construir con ustedes ese esquema elemental, y lo iré modificando gradualmente a medida

que desarrollemos los temas principales que son *el Inconsciente, la Represión, la Sexualidad, el Complejo de Edipo*, las tres instancias psíquicas que son *el Yo, el Ello y el Superyó*, el concepto de *Identificación* y, por último, *la Transferencia en la cura analítica*.

*

Vayamos a nuestro esquema de base. ¿En qué consiste? Antes de responder, debo recordarles que nuestra construcción es la versión corregida de un modelo conceptual ya clásico utilizado por la neurofisiología del siglo XIX para explicar la circulación del flujo nervioso, y al que se bautizó con el nombre de *arco reflejo*. Aclaro sin tardanza que el modelo del arco reflejo continúa siendo un paradigma fundamental de la neurología moderna.

El esquema neurológico del arco reflejo es muy simple y bien conocido (*figura 1*). Tiene dos extremos: el de la izquierda, *polo sensitivo*, donde el sujeto percibe la excitación, es decir la inyección de una cantidad "x" de energía, cuando recibe, por ejemplo, un ligero golpe de martillo para reflejos en la rodilla. El de la derecha, *polo motor*, donde [el sujeto libera la energía recibida mediante una respuesta inmediata del cuerpo. En nuestro ejemplo, la pierna reacciona inmediatamente con un

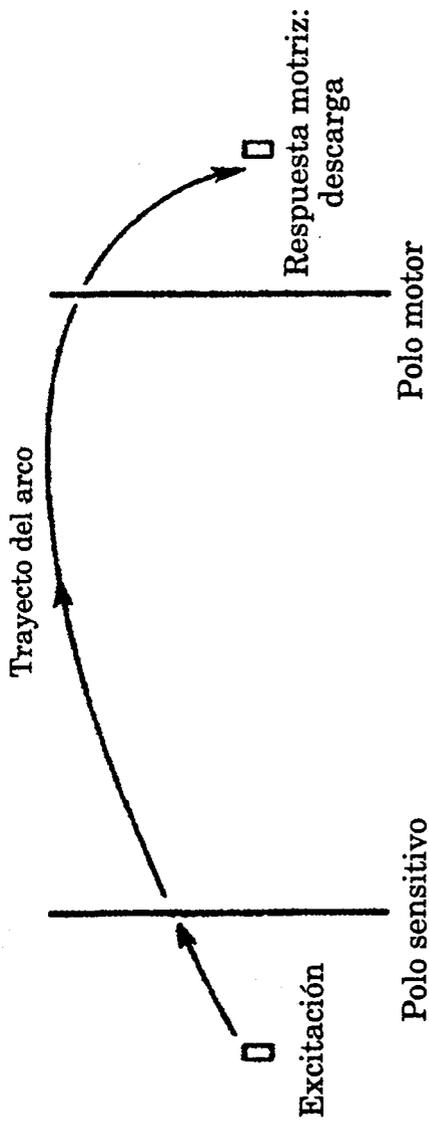


Figura 1
Esquema del arco reflejo

movimiento reflejo de extensión. Entre ambos extremos se instala así una tensión que aparece con la excitación y desaparece con la descarga motriz. El principio que regula este trayecto en forma de arco resulta, pues, muy claro: recibir la energía, transformarla en acción y, en consecuencia, disminuir la tensión del circuito.

Creemos que [el principio de placer] es provocado en cada oportunidad por una tensión displacentera, y que toma una dirección tal que su resultado final coincide con una disminución de esta tensión, es decir con un evitamiento de displacer o con una producción de placer.

S. Freud

Apliquemos ahora este mismo esquema reflejo al funcionamiento del psiquismo. El movimiento general del psiquismo tiende a obedecer a este principio orientado a la descarga total de la tensión, pero no lo logra. Pues, en la vida psíquica, la tensión no se agota jamás. Mientras vivimos, estamos constantemente bajo tensión. Este principio de disminución de la tensión que debemos considerar más bien como una tendencia y nunca como una realización efectiva, lleva en psicoanálisis el nombre de *Principio de displacer-placer*. ¿Por qué llamarlo así, “displacer-placer”? ¿Y por qué afirmar que el psiquismo está siempre bajo tensión? Para responder, volvamos a los dos extremos del arco reflejo, pero esta vez imaginando que se trata de dos polos del propio aparato psíquico, que se encuentra inmerso en la realidad exterior. La frontera del aparato separa, pues un adentro de un afuera que lo contiene.

*

Observemos ahora la *figura 2*. En el polo izquierdo, extremo sensitivo, encontramos dos características propias del psiquismo:

a) La excitación es siempre de origen interno y jamás externo. Se trate de una excitación procedente de una fuente externa, como por ejemplo el shock experimentado al presenciar un violento accidente automovilístico, o se trate de una excitación procedente de una fuente orgánica, como el hambre, la excitación es siempre interna al psiquismo pues tanto el shock externo como la necesidad interna crean una impronta psíquica comparable a un sello impreso en la cera. De hecho, la fuente de la excitación endógena situada en el polo sensitivo del aparato psíquico es una impronta, una idea, una imagen o, para emplear un término más adecuado: un representante ideativo cargado de energía, llamado también representante de las pulsiones. Aclaremos que en lo sucesivo hemos de utilizar indistintamente las palabras “representante” y “representación”.

b) Segunda característica. Este representante, cargado una primera vez, tiene la particularidad de continuar permanentemente excitado y de funcionar como una batería que bulle sin ninguna interrupción, con la consecuencia de que el aparato psíquico permanece constantemente excitado. Es imposible, pues, suprimir por completo una tensión que se realimenta sin pausa.

Ahora bien, semejante excitación ininterrumpida mantiene en el aparato un nivel elevado de tensión que el sujeto vive dolorosamente como una incitación apremiante a la descarga. Esa tensión penosa que el aparato psíquico trata en vano de descargar, sin conseguirlo nunca verdaderamente, es lo que Freud denomina *displacer*. Tenemos así un estado de *displacer* efectivo e inevitable y, en el punto opuesto, un estado hipotético de *placer* absoluto que se podría obtener si el aparato lograra descargar inmediatamente toda la energía y eliminar la tensión. Establezcamos bien el sentido de cada uno de estos dos términos: *displacer* significa mantenimiento o aumento de la tensión, y *placer*, supresión de la tensión. Señalemos, no obstante, que el estado de tensión displacentero y penoso es la vida misma, la llama vital de nuestra actividad mental; *displacer* y tensión son para siempre sinónimos de vida.

En el psiquismo, pues, la tensión no desaparece nunca por completo, fórmula que puede traducirse por: en el psiquismo, el placer absoluto no se obtiene nunca porque la descarga absoluta no se realiza jamás. Ahora bien, ¿por qué la descarga total no se alcanza jamás y la tensión es siempre urgente? Por tres razones. Ustedes conocen ya la primera: la fuente psíquica de la excitación es inagotable hasta tal extremo que la tensión se reactiva perpetuamente. La segunda razón con-

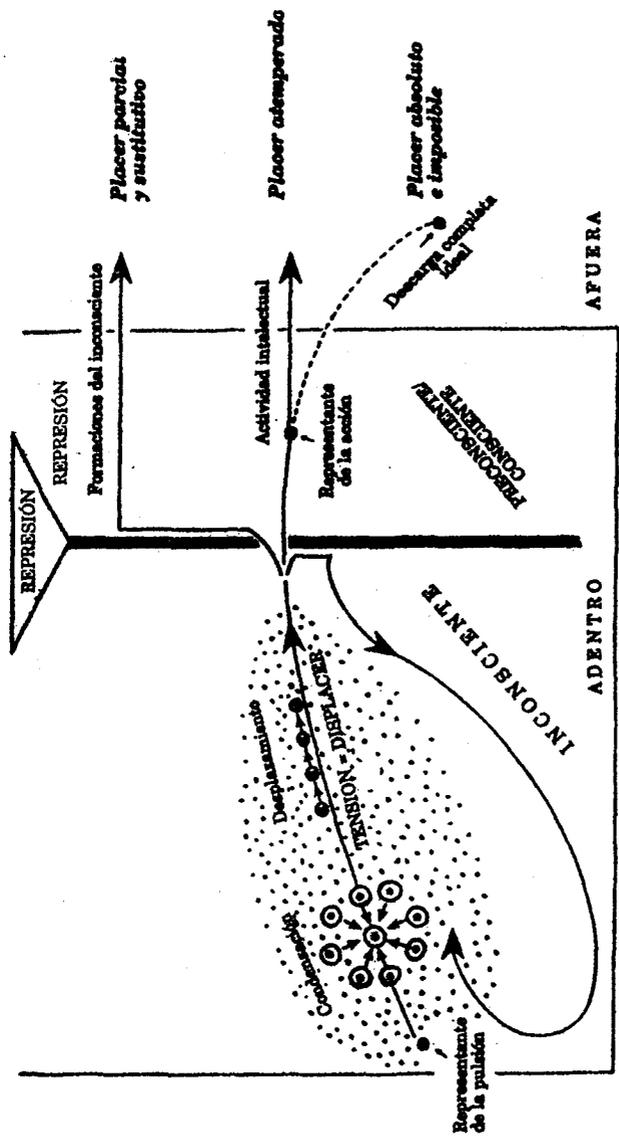


Figura 2
Esquema del arco reflejo aplicado al funcionamiento del psiquismo

cierno al polo derecho de nuestro esquema. El psiquismo no puede operar como el sistema nervioso, y resolver la excitación por una respuesta motriz inmediata capaz de evacuar la tensión. No, el psiquismo no puede responder a la excitación más que por una metáfora de la acción, una imagen, un pensamiento o una palabra que representan a la acción y no por la acción concreta que habría permitido la descarga total de la energía. En el psiquismo, toda respuesta es inevitablemente metafórica, y la descarga inevitablemente parcial. Así como hemos situado en el polo izquierdo al representante psíquico de la pulsión (excitación pulsional continua), situamos en el polo derecho al representante psíquico de una acción. El aparato psíquico permanece sometido, por lo tanto, a una tensión irreductible: en la puerta de entrada el flujo de excitaciones es constante y excesivo; a la salida, no hay sino un simulacro de respuesta, una respuesta virtual que implica una descarga parcial. La energía psíquica es masiva a la entrada y apenas se destila a la salida.

Pero existe aún una tercera razón, la más importante y la más interesante para nosotros, que explica por qué el psiquismo está siempre bajo tensión: la intervención de un factor decisivo que Freud denomina *represión*. Antes de explicar lo que es la represión necesito aclarar que entre el

representante-excitación (polo izquierdo) y el representante-acción (polo derecho), se extiende una red de otros múltiples representantes que entretienen la trama de nuestro aparato psíquico. La energía que afluye y circula de izquierda a derecha, de la excitación a la descarga, atraviesa necesariamente esta red intermedia. Sin embargo, la energía no circula de la misma manera entre todos los representantes de la red (*figura 2*).

Si figuramos la represión como una barra vertical que divide nuestro esquema en dos partes, la red intermedia se escinde en la siguiente forma: ciertos representantes que reunimos en un grupo mayoritario situado a la izquierda de la barra, están muy cargados de energía y se conectan de tal manera que constituyen el camino más corto y rápido para lograr la descarga. A veces se organizan a la manera de un racimo y hacen confluir toda la energía en un solo representante (condensación); otras veces se enlazan uno con otro en fila india para dejar que la energía fluya más fácilmente (desplazamiento).¹

Algunos otros representantes de la red —que reunimos en un grupo más restringido situado a la derecha de la barra— están igualmente cargados de energía e intentan también liberarse de ella, pero en una descarga lenta y controlada. Estos últimos se oponen a la descarga rápida pretendida

por el primer grupo mayoritario de representantes. Se instala entonces un conflicto entre estos dos grupos; uno, a la izquierda, ansía de inmediato el placer de una descarga total: el placer es aquí soberano; el otro grupo, a la derecha, se opone a esta locura, recuerda las exigencias de la realidad e incita a la moderación: la realidad es aquí soberana. Mientras que el principio que rige el primer grupo mayoritario de representantes se denomina *Principio de displacer-placer*, el que rige el segundo grupo minoritario de representantes se denomina *Principio de realidad*.

El primer grupo constituye el *sistema inconsciente*, cuya misión es, por lo tanto, dejar fluir cuanto antes la tensión con la expectativa de lograr la descarga total e, implícitamente, el placer absoluto. Este sistema tiene las siguientes características: está compuesto exclusivamente por una multitud de representantes de pulsión, que Freud denomina "representaciones inconscientes". Freud denomina también a estas representaciones "representaciones de cosa", porque consisten en imágenes (acústicas, visuales o táctiles) de cosas o de restos de cosas impresas en lo inconsciente. Las representaciones de cosa son de naturaleza principalmente visual y suministran la materia con la que se modelan los sueños y sobre todo los fantasmas. Agreguemos que estas imáge-

nes o huellas mnémicas de cosas sólo pueden denominarse “representaciones” cuando están investidas de energía. Una representación psíquica es, por lo tanto, la conjunción de una huella de carácter figurativo (impresa por la inscripción de fragmentos de cosas o acontecimientos reales) y la energía que motoriza a esta huella.

Las representaciones inconscientes de cosas no respetan los imperativos de la razón, de la realidad o del tiempo, pues el inconsciente no tiene edad. Responden a una única exigencia: pretender instantáneamente el placer absoluto. Con este fin, el sistema inconsciente funciona según los mecanismos de condensación y desplazamiento destinados a favorecer una circulación fluida y rápida de la energía. Esta energía será denominada *libre* por cuanto circula con entera movilidad y escasos escollos por la red inconsciente.

El segundo grupo de representantes conforma igualmente un sistema, denominado *sistema pre-consciente-consciente*. Este grupo persigue también el placer pero, a diferencia del sistema inconsciente, tiene la misión de redistribuir la energía —energía *ligada*— y de hacerla fluir lentamente según las indicaciones del Principio de realidad.

A esta energía se la llama “ligada” porque inviste específicamente una representación consciente. Por ejemplo, la energía que implica el

esfuerzo constante de una intensa actividad intelectual. Los representantes de esta red se llaman “representaciones preconscientes y representaciones conscientes”. Las primeras son representaciones de palabra y abarcan diferentes aspectos de esta, tales como su imagen acústica cuando la palabra se pronuncia, su imagen gráfica cuando la palabra se visualiza, e incluso su imagen gestual de escritura. En cuanto a las representaciones conscientes, cada una de ellas está compuesta por una representación de cosa anexa a la representación de palabra que designa a esta cosa. La representación acústica de una palabra, “manzana” por ejemplo, se asocia a la representación visual de la cosa (el fruto manzana) para darle un nombre, marcar su cualidad específica y volverla de este modo consciente. Para ser más claros: la representación de cosa es inconsciente —como hemos dicho— cuando no hay representación de palabra asociada a ella y que designe a la cosa; y es consciente cuando, por el contrario, se le anexa una representación de palabra. La imagen de una manzana puede errar por lo inconsciente cuando no hay ninguna palabra que la designe, pero basta que la palabra “manzana” aparezca para que tengamos una idea consciente de este fruto. ¿Qué es la conciencia sino una idea fijada, aprehendida y animada por una palabra?

Debemos subrayarlo: los dos sistemas persiguen la descarga, es decir el placer; pero mientras que el primero tiende al placer absoluto y sólo obtiene, como ya veremos, un placer parcial, el segundo busca y obtiene un placer atemperado.

*

Planteado esto, podemos preguntarnos: ¿qué es la represión? Es decir: ¿qué es esa barra vertical que separa a ambos grupos? Entre las definiciones posibles, propondré esta: la represión es un espesamiento de energía, una capa protectora energética que impide el paso de los contenidos inconscientes hacia el preconsciente. Ahora bien, esta barrera no es infalible: ciertos contenidos inconscientes y reprimidos hacen caso omiso de ella, irrumpen bruscamente, disfrazados, en la conciencia y sorprenden al sujeto incapaz de identificar su origen inconsciente. Aparecen, pues, en la conciencia, pero resultan incomprensibles para el sujeto, quien suele vivirlos con angustia. Tomemos el caso de una joven aquejada de una fobia a las arañas. Conscientemente, se angustia con sólo ver al insecto amenazador, sin comprender que la araña que la atemoriza tanto es el sustituto deformado de un aspecto del padre deseado: sus manos velludas, por ejemplo. La representación incons-

ciente e incestuosa de amor al padre ha cruzado la barrera de la represión, disfrazándose de representación consciente de angustia a las arañas.

Estas exteriorizaciones deformadas del inconsciente logran descargar entonces una parte de la energía pulsional, descarga que proporciona un placer meramente *parcial y sustitutivo* en comparación con el ideal que se persigue, o sea la satisfacción completa e inmediata que se habría obtenido con una hipotética descarga total. La otra parte de la energía pulsional, aquella que no franqueó la represión, queda confinada en lo inconsciente y realimenta sin descanso la tensión penosa. Observemos que este placer debe ser entendido como una descarga aunque dicha descarga presente la forma del sufrimiento o de la angustia, como en el caso de la fobia a las arañas.

Hemos dicho que el aparato psíquico tenía la función de disminuir la tensión y de provocar la descarga de energía. Sabiendo ahora que la estimulación endógena es ininterrumpida, que la respuesta es siempre incompleta, que la represión incrementa la tensión y la obliga a hallar expresiones indirectas, podemos concluir que existen diferentes tipos de descargas capaces de procurar placer:

- Una *descarga inmediata y total*, completamente *hipotética*, que, si pudiera efectivizarse,

produciría un placer absoluto. Esta plena descarga está calcada sobre la descarga de la tensión resultante de una respuesta motriz del cuerpo. Esta solución ideal es imposible, lo sabemos, para el psiquismo, pero cuando abordemos el tema de la sexualidad veremos hasta qué punto dicho hipotético ideal de placer absoluto sigue siendo la meta inaccesible de las pulsiones sexuales.

- Una *descarga mediata y controlada* por la actividad intelectual (pensamiento, memoria, juicio, atención, etcétera), que procura un placer atemperado.

- Y, por último, una *descarga mediata y parcial* obtenida cuando la energía y los contenidos del inconsciente cruzan la barrera de la represión. Esta descarga genera un placer parcial y sustitutivo inherente a las formaciones del inconsciente.

Estos tres tipos de placer, absoluto, atemperado y parcial, están representados en la *figura 2* de la página 28.

*

Pero, antes de volver a nuestro esquema del funcionamiento psíquico y resumirlo, debemos dejar sentadas algunas importantes precisiones en cuanto a la significación de la palabra “placer” y, por otro lado, en cuanto a la función de la represión. Por lo que se refiere al placer, señale-

mos que la satisfacción parcial y sustitutiva vinculada a las formaciones del inconsciente (tercer tipo de descarga) no es sentida necesariamente por el sujeto como una sensación agradable de placer. Incluso suele darse el caso de que esta satisfacción sea vivida paradójicamente como un *displacer* y hasta como un sufrimiento padecido por el sujeto presa de síntomas neuróticos o de conflictos afectivos. Pero entonces, ¿por qué emplear el término *placer* para calificar la índole dolorosa de la manifestación de una pulsión en la conciencia? Hemos dado el ejemplo de la fobia a las arañas, fobia que, considerada desde el punto de vista del inconsciente, es *placer* por cuanto alivia la tensión insoportable de un conflicto incestuoso, y que considerada desde el punto de vista de la conciencia, es una angustia penosa. Para ser rigurosos, la noción freudiana de *placer* debe entenderse en el sentido económico de “baja de la tensión”. Es el sistema inconsciente el que, mediante una descarga parcial, hallaría *placer* en el aligeramiento de su tensión. Por eso, ante un síntoma que hace *sufrir*, debemos discernir claramente el *sufrimiento* experimentado por el paciente y el *placer* no sentido que obtiene el inconsciente.

Vayamos ahora al papel de la represión y formulemos el problema siguiente: ¿por qué tiene que haber represión? ¿Por qué el yo tiene que oponerse

a los requerimientos de una pulsión que sólo pide satisfacerse y liberar así la tensión displacentera que reina en lo inconsciente? ¿Por qué alzar una barrera a la descarga liberadora del empuje inconsciente? ¿Por qué impedir el alivio de una tensión penosa? ¿Cuál es la finalidad de la represión? El objetivo de la represión es evitar el riesgo extremo corrido por el yo de satisfacer por entero y directamente la exigencia pulsional. En efecto, la satisfacción inmediata y total del empuje pulsional destruiría, por su desmesura, el equilibrio del aparato psíquico. Existen, pues, dos clases de satisfacciones pulsionales. Una, total e hipotética, que el yo idealiza como un placer absoluto, pero que también evita —gracias a la represión— en tanto exceso destructivo.² La otra satisfacción es una satisfacción parcial, moderada y exenta de peligros, que el yo puede tolerar.

*

Ahora podemos resumir en una palabra el esquema lógico que atraviesa entre líneas la obra de Freud y, al mismo tiempo, definir el inconsciente. Observemos la *figura 3* y preguntémosnos ¿cómo funciona el psiquismo?

La lógica del funcionamiento psíquico considerado desde el punto de vista de la circulación

energética se resume, para lo esencial, en cuatro tiempos:

Primer tiempo: excitación continua de la fuente y movimiento de la energía en busca de una descarga completa jamás alcanzada —> *Segundo tiempo:* la barrera de la represión se opone al movimiento de energía —> *Tercer tiempo:* la parte de energía que no cruza la barrera queda confinada en el inconsciente, y reactiva la fuente de excitación —> *Cuarto tiempo:* la parte de energía que cruza la barrera de la represión se exterioriza en forma del placer parcial inherente a las formaciones del inconsciente.

Cuatro tiempos, entonces: la presión constante del inconsciente, el obstáculo que se le opone, la energía que queda y la energía que pasa. Este es el esquema que quería proponerles, con el pedido de que pongan a prueba la lectura que hacen ustedes de los textos freudianos. Observarán tal vez que Freud razona en conformidad con esta lógica esencial de cuatro tiempos: lo que presiona, lo que detiene, lo que queda y lo que pasa.³

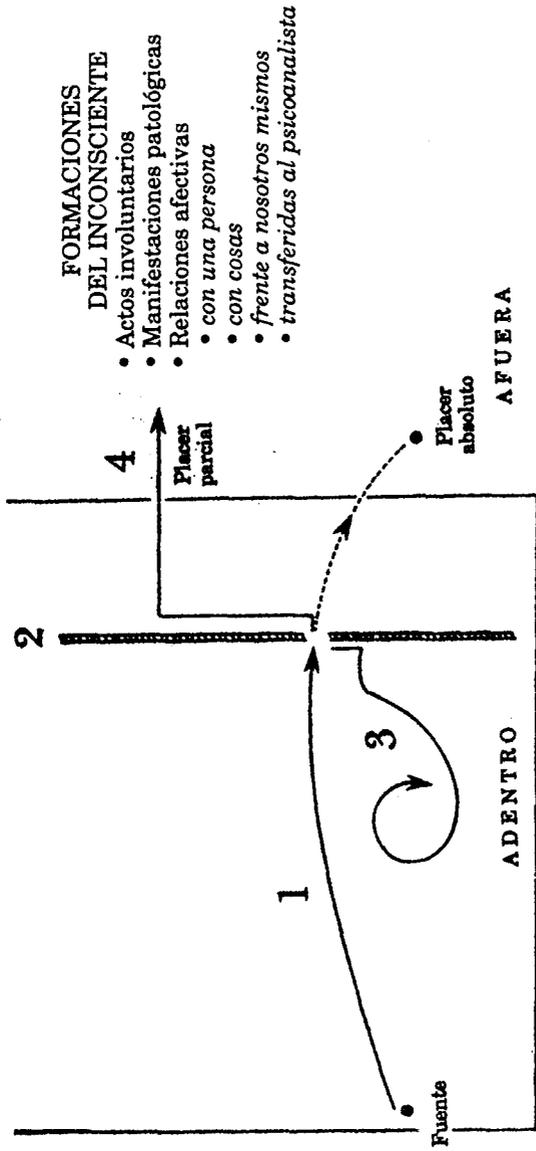


Figura 3

Esquema de los cuatro tiempos del funcionamiento psíquico

1. Movimiento continuo de la energía hacia el placer absoluto
2. Barrera de la represión que se opone al movimiento de energía
3. Energía que no franquea la barrera de la represión y relanza una nueva excitación
4. Energía que franquea la barrera de la represión y se exterioriza bajo la forma de placer parcial inherente a las formaciones del inconsciente

Definiciones del inconsciente

Ocupémonos ahora del inconsciente según los diferentes puntos de vista establecidos por Freud y teniendo en cuenta los vocablos precisos que denominan los dos extremos del esquema: la fuente de la excitación (*tiempo 1*) y las formaciones exteriores del inconsciente (*tiempo 4*). Cada uno de estos extremos tomará un nombre diferente según la perspectiva y la terminología con las que Freud define el inconsciente. Pediré al lector que tenga a la vista el esquema de los 4 tiempos (*figura 3*) para leer nuestras diferentes definiciones del inconsciente.

□ *Definición del inconsciente desde el punto de vista descriptivo.* Si consideramos el inconsciente desde afuera, es decir desde el punto de vista descriptivo de un observador, yo mismo por ejemplo frente a mis propias manifestaciones incons-

cientes o frente a manifestaciones procedentes del inconsciente del otro, lo único que percibiremos serán sus derivados. El inconsciente mismo sigue estando supuesto como un proceso oscuro e incognoscible que correría bajo estas manifestaciones. Un sujeto comete un lapsus por ejemplo, y de inmediato concluimos: "Su inconsciente habla." Pero no explicamos nada sobre el proceso que subyace a este acto; el inconsciente en cuanto tal sigue siéndonos desconocido.

Siendo esto así, ¿cómo localizar las manifestaciones del inconsciente? Entre la infinita variedad de las expresiones y los comportamientos humanos, ¿cuáles identificar como manifestaciones del inconsciente? ¿Cuándo podemos afirmar: aquí hay inconsciente? Las formaciones del inconsciente se nos presentan como actos, palabras o imágenes inesperados que surgen bruscamente y desbordan nuestras intenciones y nuestro saber consciente. Estos actos pueden ser comportamientos corrientes como, por ejemplo, los actos fallidos, los olvidos, los sueños o incluso la aparición súbita de tal o cual idea y hasta la invención repentina de un poema o de un concepto abstracto, o también manifestaciones patológicas que causan sufrimiento, como los síntomas neuróticos o psicóticos. Pero, normales o patológicas, las ramificaciones del inconsciente son siempre actos sorprendentes y enig-

máticos para la conciencia del sujeto y del psicoanalista. En base a estas ramificaciones observables, suponemos la existencia de un proceso inconsciente oscuro y activo que opera en nosotros sin que lo sepamos. Nos hallamos frente al inconsciente como ante un fenómeno que se cumple independientemente de nosotros y, no obstante, determina lo que somos. En presencia de un acto no intencional, postulamos la existencia del inconsciente no sólo como el proceso que causa este acto sino también como la esencia misma del psiquismo, como el psiquismo en sí. Lo consciente no sería entonces sino un epifenómeno, un efecto secundario del proceso psíquico inconsciente. “Hay que ver en el inconsciente —nos dice Freud— el fondo de toda vida psíquica. Lo inconsciente es como un círculo grande que encerraría a lo consciente como un círculo más pequeño [...]. Lo inconsciente es lo psíquico mismo y su esencial realidad.”⁴

□ *Definición del inconsciente desde el punto de vista sistemático.* Hemos definido ya el inconsciente como un sistema al abordar la estructura reticular de las representaciones. Desde esta perspectiva, la fuente de excitación se llama *representación de cosa*, y los productos terminales son *manifestaciones deformadas del inconsciente*. El mejor ejemplo es el sueño.

□ *Definición del inconsciente desde el punto de vista dinámico. El concepto de represión.*

*La teoría de la represión
es el pilar sobre el que descansa
el edificio del psicoanálisis*

S. Freud

Si ahora definimos el inconsciente desde el punto de vista dinámico, es decir desde el punto de vista de la lucha entre la moción que presiona y la represión que resiste, la fuente de excitación se denomina *representantes reprimidos*, y los productos terminales son escapes velados del inconsciente sustraídos a la acción de la represión.⁵ Estos derivados de lo reprimido, bajo sus máscaras, se llaman *retornos de lo reprimido* o también *ramificaciones de lo reprimido* o incluso *ramificaciones del inconsciente*. Ramificaciones, en el sentido de jóvenes brotes de inconsciente que, pese a la capa protectora de la represión, afloran disfrazados a la superficie de la conciencia. Los ejemplos más frecuentes de estas ramificaciones deformadas de lo reprimido son los síntomas neuróticos. Pienso en aquel analizante que, al volante de su coche, es repetidamente presa de la imagen obsesiva de una escena en la que se ve atropellando adrede a una anciana que cruza la calle. Esta idea fija, repetitiva, que lo hace sufrir y a menudo le impide utilizar su vehículo, revelará ser durante

el análisis la ramificación consciente y disimulada del amor incestuoso e inconsciente por su madre. La representación inconsciente “amor incestuoso” ha cruzado, pues, la barrera de la represión y se ha transformado en su opuesto, es decir: una idea obsesiva de impulso asesino contra una madre encarnada en la realidad por una anciana cruzando la calle.

Señalemos que estas apariciones conscientes de lo reprimido inconsciente, estos retornos disfrazados de lo reprimido pueden concebirse igualmente como soluciones de compromiso en el conflicto que opone el empuje de lo reprimido hacia la conciencia y la represión que resiste. “Solución de compromiso” significa que el retorno de lo reprimido es un mixto compuesto en parte por lo reprimido inconsciente que ha pasado la barrera de la represión y en parte por un elemento consciente que lo enmascara. Dicho de otra manera, el retorno de lo reprimido inconsciente que ha pasado es un disfraz consciente de lo reprimido, pero sin embargo incapaz de enmascararlo por completo. En nuestro ejemplo, la figura de la víctima encarnada por la anciana deja traslucir, bajo los rasgos de una mujer de edad, la figura reprimida de la madre. Otra ilustración de las huellas visibles de lo reprimido en el retorno de dicho material nos la propone Freud comentando un célebre grabado de Félicien Rops. El artista repre-

senta en este grabado a un asceta que, para ahuyentar la tentación de la carne (lo reprimido), se refugia al pie de la Cruz (represión) y ve surgir, horrorizado, la imagen de una mujer desnuda crucificada (retorno de lo reprimido) en el lugar de Cristo. El retorno de lo reprimido es aquí un compromiso entre la mujer desnuda (parte visible de lo reprimido) y la cruz que la sostiene (represión).

Digamos también que las ramificaciones del inconsciente pueden, una vez llegadas a la conciencia, sufrir una nueva contraofensiva de la represión, que las envía de nuevo al inconsciente (*represión llamada secundaria o represión a posteriori*). Puede observarse aquí la plasticidad con que interviene la barrera de la represión, capaz no sólo de impedir masivamente el paso global de los elementos provenientes del inconsciente, sino también capaz de ir a interpelar uno por uno a los elementos fugitivos aislados que ya han forzado la barrera.

Unas palabras todavía para justificar la definición de la represión que hemos planteado más arriba, como capa energética protectora que impide el paso de los contenidos inconscientes hacia el preconscious. * Freud, en efecto, no renunció nun-

* Los "elementos reprimidos" que pasan a través de la barrera de la represión pueden ser la representación provis-

ca a considerar la represión como un juego complejo de movimientos de energía. Juego destinado por una parte a contener y fijar en el recinto del inconsciente las representaciones reprimidas, y por otra a llevar de nuevo a lo inconsciente las representaciones fugitivas que habían llegado al preconscious o a la conciencia tras haber burlado la vigilancia de la represión. Así, Freud distingue dos tipos de represión: una *represión primera* que contiene y fija al suelo del inconsciente las representaciones reprimidas, y una *represión secundaria* que reprime —en el sentido literal de hacer retroceder— en el sistema inconsciente las ramificaciones preconscious o conscientes de lo reprimido.

La represión primera, la más primitiva, es no sólo una fijación de las representaciones reprimidas al suelo del inconsciente, sino un tabique energético que el preconscious y el consciente levantan contra la presión de la energía libre

ta de su carga energética, o bien (y esto es lo que Freud privilegia) la carga sola, separada de la representación. Más adelante examinaremos la primera eventualidad, la del paso a lo consciente de la representación investida de su carga. En cuanto a la segunda, la del pasaje de la carga sola, Freud tiene en cuenta cuatro destinos posibles: permanecer enteramente reprimida; pasar la barrera de la represión y mutarse en angustia fóbica; pasar la barrera y convertirse en trastornos somáticos en la histeria; o incluso, pasar la barrera y transformarse en angustia moral en la obsesión.

emanada del inconsciente. Este tabique es llamado “contrainvestidura”, es decir investidura que el sistema Preconsciente-Consciente opone a las tentativas de investidura del empuje inconsciente.

El segundo modo de represión, cuya meta es devolver la ramificación a su lugar de origen, es también un movimiento de energía, pero más complejo. Se resume fundamentalmente en las operaciones que siguen, focalizadas en la ramificación consciente o preconsciente de lo reprimido:

- En primer lugar, retiro de la carga de energía ligada adquirida por la ramificación durante su estada en el preconsciente o en el consciente.

- Una vez libre de su carga, y viendo reactivada su antigua carga inconsciente, la ramificación se ve entonces atraída, imanada, por las otras representaciones que la represión primaria había fijado en el sistema inconsciente. La ramificación fugitiva vuelve entonces al redil del inconsciente.

□ *Definición del inconsciente desde el punto de vista económico.* Si definimos esta vez el inconsciente desde el punto de vista económico, el que habíamos adoptado para desarrollar nuestro esquema del funcionamiento psíquico, la fuente de excitación se llama *representante de pulsiones*, y las producciones terminales del inconsciente son *fantasmas* o, para ser más exactos, comportamientos afectivos y elecciones amorosas espontá-

neas sostenidos en fantasmas. Dentro de un instante explicaré la naturaleza de estos fantasmas, pero previamente necesito aportar una precisión referida a su localización en nuestro esquema, que plantea el problema siguiente. Los fantasmas pueden no sólo aparecer en la conciencia y en los comportamientos cotidianos —como acabamos de decir— en forma, por ejemplo, de vínculos afectivos espontáneos o incluso, específicamente, de ensoñaciones diurnas y de formaciones delirantes; también pueden permanecer enterrados y reprimidos en el inconsciente. Pero asimismo pueden desempeñarse como defensas del yo contra la presión inconsciente. Es decir que un fantasma puede cumplir simultáneamente el papel de ramificación de lo reprimido, de contenido inconsciente reprimido o incluso de defensa represora. En nuestro esquema, localizamos el fantasma tanto a un lado de la barrera de la represión (*tiempo 1*) como a nivel de la barrera (*tiempo 2*), o incluso al otro lado de esta (*tiempo 4*).

□ *Definición del inconsciente desde el punto de vista ético.* Si, por último, definimos el inconsciente desde el punto de vista ético, lo llamaremos deseo. ¿Qué es el deseo? El deseo es el inconsciente considerado desde el punto de vista de la sexualidad, es decir desde del punto de vista del placer sexual. Más adelante he de volver sobre el deseo,

la sexualidad y el placer sexual, pero me es preciso avanzar una primera definición del deseo para hacerles comprender el estatuto ético del inconsciente. ¿Qué es, entonces, el deseo? Es una pulsión de la que no tenemos conciencia, que tendría por meta ideal el placer absoluto en una relación incestuosa. El deseo es lo inconsciente en busca del incesto. Insisto en decir que este incesto constituye una meta ideal, puramente mítica y carente de toda relación con las relaciones incestuosas patológicas y prohibidas por la ley que pueden darse en una familia. No, el incesto al que nos referimos es, por el contrario, la meta última y universal del deseo humano. Mucho antes del psicoanálisis se sabía que las sociedades humanas estaban organizadas en torno a la prohibición del incesto, pero con el psicoanálisis hemos comprendido que la prohibición del incesto es el reverso indisociable del deseo inconsciente de incesto. Esto es lo que quisiera transmitirles: visto desde el ángulo del inconsciente, el incesto es la cosa más deseada, el valor supremo de un Soberano Bien que orienta y decide la vida de cada uno de nosotros como sujetos deseantes. Así pues, el estatuto ético del inconsciente se resume en el hecho de que es un deseo motorizado por el goce incestuoso en tanto Soberano Bien.

*

Después de exponerles el funcionamiento del aparato psíquico según la lógica de un esquema espacial, les propuse una visión descriptiva, sistemática, dinámica, económica y ética del inconsciente. Pero todos estos abordajes serían insuficientes si no inscribiéramos este funcionamiento en la línea del tiempo y si no lo incluyéramos en el universo del otro. Dos factores enmarcan la vida psíquica: el tiempo y los otros (*figura 4*). El tiempo primeramente, pues el funcionamiento psíquico no cesa de renovarse a lo largo de la historia de un sujeto hasta el punto de escapar a la medida del tiempo. El inconsciente está fuera del tiempo; en el tiempo histórico es, por lo tanto, perpetuo. Silencioso aquí, reaparece allí y no decae nunca. Intenten hacerlo callar y revivirá de inmediato, resurgiendo en nuevas manifestaciones. Por eso, a cualquier edad, el inconsciente es siempre un proceso irrepresiblemente activo e inagotable en sus producciones. Tengan ustedes dos días de vida u ochenta y tres años, él persevera en su impulso y siempre logra hacerse oír.*

Pero aún debemos comprender que la vida

* El movimiento del inconsciente *excitación* → *descarga* puede concebirse también como la tendencia del inconsciente a hacerse oír con el carácter de un Otro que habla en nosotros y nos sorprende. Jacques Lacan resumió esta particularidad del inconsciente en una célebre fórmula: "Eso habla".

psíquica está inmersa en el mundo del otro, en el mundo de aquellos a quienes estamos ligados por el lenguaje, por nuestros fantasmas y nuestros afectos. Nuestro psiquismo prolonga necesariamente el psiquismo de ese otro con quien estamos relacionados. De ahí que nos excite el impacto del deseo de ese otro que nos tiene por objeto de su deseo. Como si la flecha del *tiempo 4* del esquema del aparato psíquico del otro estimulara la fuente de excitación de nuestro propio aparato. Y como si, recíprocamente, nuestras producciones estimularan a su vez la fuente de excitación del otro. En realidad, hay una única corriente de deseo circulando y ella enlaza a ambos partenaires de la relación deseante.*

* Vuelve a aparecer aquí en términos energéticos mi tesis de la existencia, en el seno de la relación analítica, de un inconsciente que enlaza y envuelve a ambos partenaires analíticos. No hay un inconsciente que fuera propio del analista y otro que fuera propio del analizante, sino **un solo y único inconsciente** producido en el mismo momento en que sobreviene en la sesión un acontecimiento transferencial. Esta tesis, que data de 1977, fue expuesta en mi obra titulada *Les yeux de Laure. Transfert, objet a et topologie dans la théorie de J. Lacan*, Champs-Flammarion, 1996.

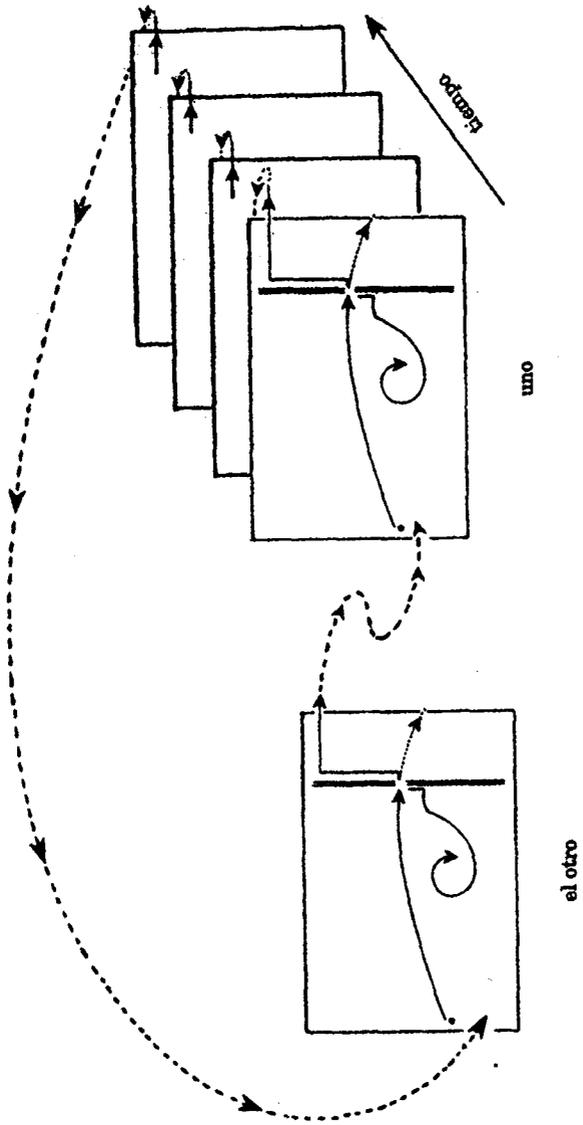


Figura 4
Las producciones del inconsciente del otro estimulan las fuentes de mi inconsciente. Y mis
propias producciones estimulan las fuentes del inconsciente del otro

El sentido sexual de nuestros actos

Estamos ahora en condiciones de formular la premisa fundante del psicoanálisis. Nuestros actos involuntarios, aquellos que no podemos explicar, no sólo están determinados por un proceso inconsciente sino que, sobre todo, tienen un sentido. Significan otra cosa, no lo que expresan a primera vista. Antes de Freud, los actos fallidos eran tenidos por actos anodinos e irrelevantes, en tanto que hoy, encontrar un sentido para las conductas y verbalizaciones que nos superan pasó a ser una reacción común y corriente. Basta cometer un lapsus para sonreír de inmediato, ruborizarse a veces, creyéndose traicionado por la revelación de un deseo oscuro, por el descubrimiento de un sentido hasta entonces velado.

Pero ¿qué es un sentido? ¿Cuál es el sentido de un acto involuntario? La significación de un

acto involuntario estriba en el hecho de que dicho acto es el sustituto de un acto ideal, de una acción imposible que, en lo absoluto, habría tenido que producirse, pero que no se produjo. Cuando el psicoanalista interpreta y revela la significación oculta de un sueño, por ejemplo, qué otra cosa hace sino mostrar que el sueño en tanto acto espontáneo constituye el sustituto de otro acto que no ha visto la luz; que lo que *es*, es el *sustituto* de lo que *no se cumplió*. Avancemos. Un acto espontáneo es un acontecimiento que encierra un sentido. Pero ¿qué debe hacerse para revelar este sentido oculto? Pues bien, es preciso que el analista, o el analizante inclusive, enlace dicho acontecimiento a otros acontecimientos antiguos, que lo inscriba en una historia y lo trate como el sustituto actual de un acontecimiento pasado incumplido y hasta inexistente, imposible de situar en el tiempo. Precisamente, es la historia la que confiere al acontecimiento actual su condición de acto portador de un sentido. Aclaremos que esta remisión de lo actual a lo antiguo sólo tiene valor en el marco de una relación humana donde uno de los participantes — el analizante — habla a otro — el analista — que escucha e inscribe esta palabra en una historia.

Planteemos ahora la cuestión del sentido. ¿Qué es, entonces, el sentido? Es referir el acontecimiento de hoy a todos los acontecimientos pasa-

dos y, más allá, a un hipotético acontecimiento Inicial que nunca se produjo. El sentido del acto que realizamos inconscientemente se funda en el hecho de que este acto sustituye a todos los actos pasados de nuestra historia o, para ser rigurosos, al primer acto ideal desde el que arrancó nuestra historia. Aclaremos que este acto ideal puede ser tenido no sólo por el punto más remoto de nuestra historia, sino también como el punto más distante, en el horizonte. Sea el más antiguo en el pasado o el más esperado en el futuro, el acontecimiento ideal constituye el acto incumplido del que todos nuestros actos involuntarios son sustitutos.

Así pues, nuestros actos involuntarios tienen un sentido producido por su sustitución a un ideal que no se cumplió. Pero ¿cómo calificar este sentido? ¿Cuál es el contenido del sentido oculto de nuestros actos? La respuesta a esta pregunta constituye el gran descubrimiento del psicoanálisis. ¿Qué dice? Que la significación de nuestros actos fallidos es una significación sexual. ¿Por qué sexual? Vayamos a la *figura 6* y veamos de qué naturaleza es la fuente de la tendencia pulsional, y de qué naturaleza es la meta ideal a la que dicha tendencia aspira; me refiero a esa acción ideal e imposible que no tuvo lugar y de la que nuestros actos son sustitutos. Localicemos, entonces, el punto de partida y el punto de llegada ideal de la

línea pulsional. ¿Qué podemos observar? Que el sentido de nuestros actos es un sentido sexual porque la fuente y la meta de las tendencias pulsionales son sexuales. La fuente es un representante pulsional cuyo contenido corresponde a una región del cuerpo muy sensible y sexualmente excitable, llamada *zona erógena*. En cuanto a la meta, siempre ideal, sería —recordémoslo— el placer perfecto de una perfecta unión entre los dos sexos, cuya figura mítica y universal es el *incesto*.

*

El concepto psicoanalítico de sexualidad

Estas tendencias, nacidas en una zona erógena del cuerpo, aspiran al ideal inaccesible de una satisfacción sexual absoluta, tropiezan con la represión y se exteriorizan finalmente en actos sustitutivos del imposible acto incestuoso:* estas tendencias se llaman pulsiones sexuales. Las pulsiones sexuales son múltiples, ellas pueblan el territorio del inconsciente y su existencia se remonta muy atrás en nuestra historia, desde el estado embrionario, y sólo cesan con la muerte. Sus manifestaciones más notorias aparecen durante los primeros cinco años de nuestra infancia.

Freud separa la pulsión sexual en cuatro elementos: aparte de la *fuerza* de donde brota (zona erógena), de la *fuerza* que la mueve y de la *meta* que la atrae, la pulsión se sirve de un *objeto* por medio del cual intenta alcanzar su meta ideal. Este objeto puede ser una cosa o una persona, a veces es uno mismo, a veces una persona distinta,

* El lector de Lacan recordará aquí el célebre aforismo: "La relación sexual es imposible" o incluso "No hay relación sexual". De acuerdo con nuestros comentarios, dicho aforismo podrá completar la fórmula de la manera siguiente: No hay relación sexual *incestuosa*, sólo hay relaciones sexuales *sustitutivas*.

pero se trata siempre de un *objeto fantasmaticado*, más que real. Esto es importante para comprender que los actos sustitutivos mediante los cuales las pulsiones sexuales se expresan (una palabra inesperada, un gesto involuntario o vínculos afectivos que no decidimos) son actos moldeados sobre fantasmas y organizados alrededor de un objeto fantasmaticado.

Pero debo agregar todavía un elemento esencial que caracteriza a estas pulsiones: el singular placer que procuran. No el placer absoluto que pretenden, sino el placer limitado que obtienen: un placer parcial calificado de sexual. Ahora bien, ¿qué es el placer sexual? Y, en términos más generales: ¿qué es la sexualidad? Desde el punto de vista del psicoanálisis, la sexualidad humana no se reduce al contacto de los órganos genitales de dos individuos ni a la estimulación de sensaciones genitales. No, en psicoanálisis, el concepto de "sexual" reviste una acepción mucho más amplia que la de "genital". Fueron los niños y los perversos quienes mostraron a Freud la vasta extensión de la idea de sexualidad. Llamamos sexual a toda conducta que, a partir de una región erógena del cuerpo (boca, ano, ojos, voz, piel, etc.), y asentándose sobre un fantasma, procura cierto tipo de placer. ¿Qué placer? Un placer que presenta dos aspectos. En primer lugar, se distingue claramen-

te de ese otro placer procurado por la satisfacción de una necesidad fisiológica (comer, eliminar, dormir, etc.). El placer de mamar en el lactante, por ejemplo, su placer de succionar, corresponde, desde el punto de vista psicoanalítico, a un placer sexual que no se confunde con el alivio de saciar el hambre. Alivio y placer permanecen sin duda asociados, pero el placer sexual de la succión se convertirá rápidamente en una satisfacción buscada por sí misma al margen de la necesidad natural. La mamada es, sin duda, una absorción de alimento, pero el niño pequeño querrá continuar chupando aun estando saciado, al descubrir que mamar es en sí una fuente de placer. Segundo aspecto: el placer sexual —muy distinto, por lo tanto, del placer orgánico—, polarizado en torno a una zona erógena, obtenido gracias a la mediación de un objeto fantasmaticado (y no de un objeto real), participará de los diferentes placeres preliminares al coito (placer de mirar, de mostrarse, de acariciar, de sentir el olor del otro, etc.). Siguiendo con nuestro ejemplo, el placer de la succión del lactante se prolongará en la vida adulta como placer preliminar de besar el cuerpo del ser amado. Si tuviéramos que resumir el paso del placer orgánico al placer sexual, diríamos: placer orgánico de beber la leche materna —> placer sexual de mamar el pecho —> placer sexual de chupar el

pulgar o el chupete —> placer sexual de besar el cuerpo del amado. Se entiende ahora por qué los psicoanalistas condensan todas estas etapas, y concluyen simplemente diciendo que el pecho materno es nuestro primer objeto sexual.

□ *Necesidad, deseo y amor.* Para señalar aún mejor la diferencia entre placer orgánico y placer sexual, hagamos un alto y definamos claramente las nociones de necesidad, deseo y amor. La *necesidad* es la exigencia de un órgano cuya satisfacción se cumple realmente con un objeto concreto (el alimento, por ejemplo), y no con un fantasma. El placer de bienestar así obtenido no es en modo alguno sexual. El *deseo*, en cambio, es una expresión de la pulsión sexual o, para decirlo mejor, es la pulsión sexual misma cuando esta respeta dos condiciones: primero, la meta es el absoluto del incesto, y el medio para alcanzarla, el cuerpo excitado de un otro que desea. Precisemos: una pulsión puede ser considerada como un deseo cuando el objeto del que se sirve para satisfacerse es el cuerpo de una persona que, a su vez, desea. Digamos entonces que, a diferencia de la necesidad, el deseo nace de una zona erógena de mi cuerpo, y que, a diferencia de los otros tipos de pulsiones, el deseo se satisface parcialmente con un fantasma cuyo objeto es el cuerpo excitado de

un otro deseante. El apego al otro deseado equivale, pues, al apego a un objeto fantasmaticado, polarizado alrededor de una zona erógena situada en el cuerpo del otro (boca, pecho, ano, vagina, pene, piel, mirada, olfato, etc.). El *amor*, por último, es también un apego al otro, pero de carácter global y sin el soporte de una zona erógena definida. Estos tres estados se imbrican, por supuesto, entre sí y se confunden en toda relación amorosa (*figura 5*).

	<i>NECESIDAD</i>
TENDENCIA	Tendencia orgánica
ZONA CORPORAL	Zona orgánica
EXCITACION CORPORAL	Excitación puntual
META	Autoconservación
MEDIO (OBJETO)	Objeto real (alimento, por ej.)
PLACER OBTENIDO	Placer del saciado
EL OTRO	Un ejemplo del Otro de la necesidad: la madre nutricia

Figura 5
Diferencia entre Necesidad, Deseo y Amor

DESEO	AMOR
Tendencia cuya meta es el incesto y cuyo objeto es el fantasma del cuerpo deseante del otro	Tendencia cuya meta es la fusión con el amado
Zona erógena definida	Zona erógena indefinida
Excitación continua	Los excitantes son símbolos e imágenes
Meta ideal: el incesto	Meta ideal: fusionarse con el amado
Objeto: fantasma del cuerpo deseante del otro	Objeto imaginario: mi semejante idealizado
Placer sexual limitado	Placer sexual sublimado
Un ejemplo del Otro del deseo: la madre deseante y deseada	Un ejemplo del Otro del amor: la madre ideal

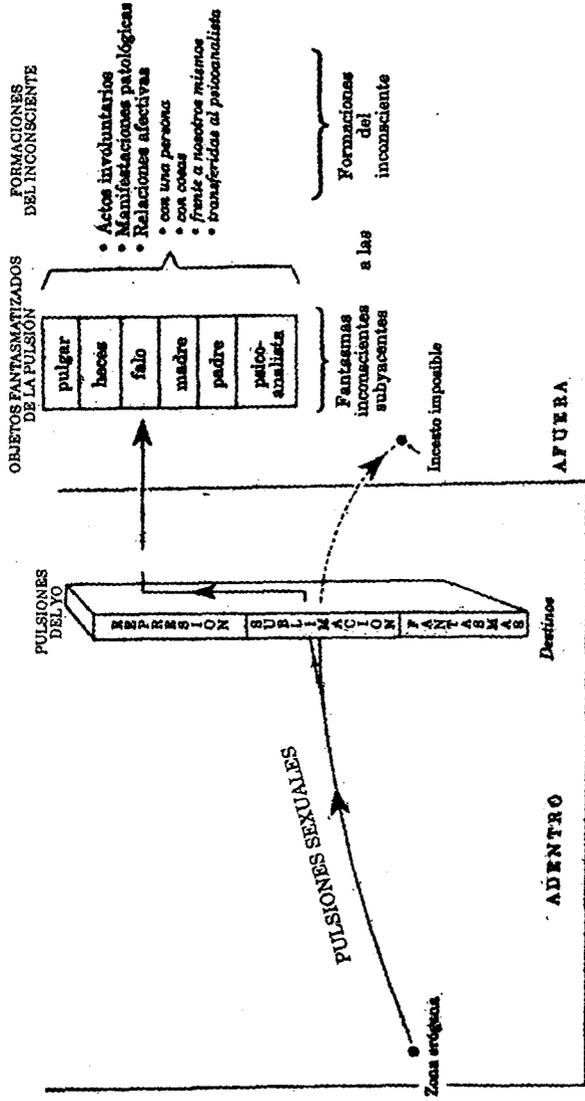


Figura 6
 Las pulsiones sexuales, sus tres principales destinos (represión, sublimación, fantasma) y sus exteriorizaciones

*Los tres destinos principales
de las pulsiones sexuales:
represión, sublimación
y fantasma.
El concepto de narcisismo*

Habíamos dicho que el placer obtenido por las pulsiones sexuales era un placer limitado. De acuerdo. Pero ¿por qué “limitado”? Y asimismo, ¿por qué se contentan las pulsiones sexuales con objetos fantasmáticos y no con objetos concretos y reales? Para responder, vayamos a la *figura 6*. Observamos que las pulsiones sexuales obtienen tan sólo un placer limitado porque es el único placer que pudieron alcanzar, en reñida lucha, tras escapar a las defensas del yo. ¿Qué defensas? En primer lugar, la represión. Ahora bien, la represión es también, a su manera, una fuerza o, mejor aún, una pulsión del yo. ¿Querrá esto decir que hay dos grupos de pulsiones opuestas: el grupo de las pulsiones que tienden a la descarga, llamadas pulsiones sexuales, y el grupo de las pulsiones que se oponen a estas, llamadas pulsiones del yo? Sí, esta es justamente la primera teoría de las pulsiones que Freud propone al comienzo de su

obra, antes de introducir el concepto de narcisismo en 1914. Veremos muy pronto cuál es la segunda teoría —complementaria de la primera— formulada a partir de esa fecha, pero por ahora distingamos dos tendencias pulsionales antagónicas: las pulsiones sexuales reprimidas y las pulsiones del yo represoras. Las primeras persiguen el placer sexual absoluto, mientras que las segundas se le oponen. El resultado de este conflicto consiste precisamente en aquel placer derivado y parcial que hemos denominado placer sexual.

*

Si se pliegan ustedes a la lógica del funcionamiento psíquico en cuatro tiempos, admitirán fácilmente que el destino de las pulsiones sexuales es siempre el mismo: están condenadas a encontrar en el camino de su meta ideal el escollo de las pulsiones del yo, es decir el obstáculo de la represión. Pero, además de la represión, el yo opone otros dos escollos a las pulsiones sexuales: la sublimación y el fantasma.

□ *La Sublimación.* El primero de estos escollos consiste en desviar el trayecto de la pulsión *cambiando su meta*: esta maniobra se llama sublimación y consiste en el reemplazo de la meta

sexual ideal (incesto) por otra meta no sexual pero valorada socialmente. Las realizaciones culturales y artísticas, las relaciones de cariño entre padres e hijos, los sentimientos de amistad y los vínculos sentimentales en la pareja, son todos ellos expresiones sociales de las pulsiones sexuales desviadas de su meta virtual. La amistad, por ejemplo, es alimentada por una pulsión sexual desviada hacia una meta social.

□ *El Fantasma*. El otro escollo impuesto por el yo es más complicado, pero comprender su mecanismo nos permitirá explicar la razón por la que los objetos con los que la pulsión obtiene placer sexual son objetos fantasmaticados y no objetos reales. Este otro obstáculo que el yo opone a las pulsiones sexuales consiste, no en un cambio de meta como sucedía con la sublimación, sino en un *cambio de objeto*. En el lugar de un objeto real, el yo instala un objeto fantasmaticado, como si, para detener el impulso de la pulsión sexual, el yo contentara a la pulsión engañándola con la ilusión de un objeto fantasmaticado.

Ahora bien, ¿cómo logra el yo semejante número de escamoteador? Pues bien, para trocar el objeto real por un objeto fantasmaticado, primero debe incorporar dentro de sí el objeto real hasta transformarlo en fantasma. Tomemos un ejemplo

y dividamos artificialmente en seis etapas esta treta del yo.

1. Imaginemos una relación afectiva con alguien que nos atrae. Supongamos que esta persona sea el objeto real hacia el que la pulsión sexual se orienta.

2. Nosotros (es decir el yo) frecuentamos a esta persona hasta incorporarla poco a poco dentro de nosotros y transformarla en una parte de nosotros mismos.

3. Ahora que el ser amado está en nuestro interior, lo tratamos con un amor más poderoso aún que el que le dedicábamos cuando era real. ¿Y esto, por qué? Porque, convertido en una parte de mí, lo quiero como a mí mismo. Amar al otro es siempre amarse a sí mismo.

4. En este momento la persona amada cesa de hallarse en el exterior de nosotros y vive en nuestro interior como un objeto fantasmático que sustenta nuestras pulsiones sexuales, reavivándolas constantemente. La persona real ya no existe para nosotros sino bajo la forma de un fantasma, aunque por otra parte continuemos reconociéndole una existencia autónoma en el mundo. Por consiguiente, cuando amamos, amamos siempre a un ser mixto hecho a la vez del paño del fantasma y de la persona real existente afuera.

5. Así pues, la relación amorosa se asienta

sobre un fantasma que aplaca la sed de la pulsión y procura un placer parcial que hemos calificado de “sexual” en sentido amplio.

6. Amaremos u odiaremos a nuestro prójimo según el modo que tenemos de querer o de odiar a su doble fantasmaticado en el interior de nosotros. Todas nuestras relaciones afectivas, y en particular la relación que se establece entre el paciente y su psicoanalista —amor de transferencia—, todas estas relaciones se ajustan estrechamente a los moldes del fantasma; fantasma que moviliza la actividad de las pulsiones sexuales y proporciona placer.

□ *El concepto de Narcisismo.* Sin embargo, en las secuencias que acabamos de indicar no hemos subrayado lo suficiente el gesto esencial del yo que le permite transformar al amado real en objeto fantasmaticado. ¿De qué gesto se trata? Se trata de una torsión del yo llamada narcisismo. El narcisismo es el estado singular del yo cuando —para incorporar al otro real y transformarlo en fantasma— toma el lugar de objeto sexual y se hace amar y desear por la pulsión sexual. Antes de hacer del amado un objeto fantasmaticado, se hace él mismo objeto fantasmaticado. Como si el yo, para domar a la pulsión, la desviara de su meta ideal y la sedujera, diciéndole: “¡Ya que buscas un

objeto para alcanzar tus fines sexuales, ven, sírverte de mí!" La dificultad teórica del concepto de narcisismo está en comprender debidamente que las pulsiones sexuales y el yo —identificado con el objeto fantasmático— constituyen dos partes de nosotros mismos. El yo-pulsión-sexual ama al yo-objeto-fantasmático. Podemos formular entonces: el yo-pulsión se ama a sí mismo como objeto sexual. El narcisismo no se define en absoluto por un simple retorno sobre sí en un "amarse a sí mismo", sino en un "amarse a sí mismo como *objeto sexual*": el yo-pulsión-sexual ama al yo-objeto-fantasmático-sexual. Hemos de precisar que el yo es un objeto fantasmático por su propia naturaleza ilusoria, y es un objeto sexual por el placer que suscita al satisfacer parcialmente la pulsión. De hecho, el amor narcisístico del yo por sí mismo en tanto objeto sexual y fantasmático está en la base de la formación de todos nuestros fantasmas. Podemos deducir de ello, en consecuencia, que en todo fantasma, más exactamente en cada personaje fantasmático, el clínico debe descubrir la presencia del yo.

Para resumir este capítulo sobre los diferentes destinos de las pulsiones sexuales, digamos que estas pueden ser reprimidas, sublimadas, o incluso engañadas por el fantasma.

Las fases de la sexualidad infantil y el complejo de Edipo

Pero las pulsiones sexuales se remontan muy atrás en nuestra infancia. Tienen una historia que va puntuando el desarrollo de nuestro cuerpo infantil. Su evolución comienza desde el nacimiento y culmina entre los tres y los cinco años con la aparición del complejo de Edipo, que señala el apego del niño al progenitor del sexo opuesto y su hostilidad hacia el progenitor del mismo sexo. La mayoría de los acontecimientos sobrevenidos durante estos primeros años de la vida quedan sellados por un olvido que Freud denomina *amnesia infantil*.

Podemos despejar brevemente tres fases en la historia de las pulsiones sexuales infantiles. Tres fases que se distinguen según la dominancia de la zona erógena: la fase oral en la cual la zona dominante es la boca, la fase anal donde el que prevalece es el ano, y la fase fálica con la primacía del fantasma del órgano genital masculino (Falo).

*

La *fase oral* abarca los seis primeros meses del lactante; la boca es la zona erógena preeminente y esta procura al bebé no sólo la satisfacción de alimentarse, sino sobre todo el placer de chupar, es decir de poner en movimiento los labios, la lengua y el paladar en una alternancia ritmada. Cuando se utiliza la expresión “pulsión oral” o “placer oral”, es preciso descartar toda relación excluyente con el alimento. El placer oral es fundamentalmente placer de ejercer succión sobre un objeto que se tiene en la boca o que se lleva a la boca, y que obliga a la cavidad bucal a contraerse y aflojarse sucesivamente. Para el lactante —lo hemos visto—, esta ganancia de placer, que está al margen de la saciedad, debe ser calificada de sexual. El objeto de la pulsión oral no es, por lo tanto, la leche que el niño ingiere en carácter de alimento, sino el flujo de leche caliente que excita la mucosa, o incluso el pezón del pecho materno, el chupete, y luego, tiempo después, una parte del cuerpo propio, casi siempre los dedos y sobre todo el pulgar, todos ellos objetos reales que sustentan el movimiento cadenciado de la succión. Y que son todos ellos objetos pretexto a los que se enganchan los fantasmas. Cuando observamos a un niño chupándose el pulgar metido contra el hueco del paladar, con la mirada soñadora, podemos deducir que experimenta —psicoanalíticamente hablan-

do— un intenso placer sexual. No olvidemos que la afición a los objetos reales es ante todo afición a objetos fantasmaticados, y que estos objetos fantasmaticados son el yo mismo. De este modo, el pulgar real que el niño chupa es en verdad un objeto fantasmaticado que él acaricia, es decir: él mismo (narcisismo). Para concluir, agreguemos que existe además una fase oral tardía que comienza en el sexto mes de vida con la aparición de los primeros dientes. El placer sexual de morder, a veces con rabia, completa el placer de la succión.

*

La *fase anal* se desarrolla durante los dos y tres años. El orificio anal es la zona erógena dominante y las deposiciones constituyen el objeto real que materializa el objeto fantasmaticado de las pulsiones anales. De la misma manera en que distinguíamos placer de comer y placer sexual de la succión, debemos separar aquí el placer orgánico de defecar, aliviando una necesidad corporal, del placer sexual consistente en retener las heces para después expulsarlas bruscamente. La excitación sexual de la mucosa anal es provocada ante todo por un especial ritmo del esfínter cuando se contrae, para retener, y se dilata, para evacuar.

*Originariamente, sólo hemos conocido objetos sexuales:
el psicoanálisis nos muestra que ciertas personas
a las que creemos simplemente respetar y estimar,
para nuestro inconsciente
pueden continuar siendo objetos sexuales.*

S. Freud

La fase fálica precede al estado final del desarrollo sexual, es decir a la organización genital definitiva. Entre la fase fálica, que se extiende de los tres a los cinco años, y la organización genital propiamente dicha, que aparece en la pubertad, se intercala un período llamado “de latencia” durante el cual las pulsiones sexuales se encuentran inhibidas.

En el transcurso de la fase fálica, el órgano genital masculino —pene— desempeña el papel dominante. En lo que se refiere a la niña, el clítoris es considerado por Freud como un atributo fálico, fuente de excitación. A semejanza de las otras fases, un objeto real da asiento al objeto fantasmaticado. Aquí, el pene y el clítoris no son sino los soportes concretos y reales de un objeto fantasmaticado denominado falo.⁶ En realidad, lo que prevalece en esta fase no es el órgano peniano sino el fantasma de este órgano, es decir su sobrevaluación en cuanto símbolo del poder. En cuanto al placer sexual, resulta en esta fase de las caricias masturbatorias y de los tocamientos ritmados de

las partes genitales, tan ritmados como lo habían estado los movimientos alternados de la succión para el placer oral y de la retención/expulsión para el placer anal.

Al comienzo de la fase fálica, nena y varoncito creen que todos los seres humanos tienen o deberían tener “un falo”. La diferencia de sexos hombre/mujer es percibida entonces por el niño como la oposición entre quienes poseen el falo y quienes están privados del falo (castrados). Más tarde, niña y varón seguirán sendas divergentes hasta adquirir su identidad sexual definitiva en la edad de la pubertad. Estas sendas son diferentes porque el objeto fantasmaticado (falo) con el que se satisface la pulsión fálica, adquiere valores distintos en uno y en otro. Para el varón el objeto de la pulsión, es decir el falo, es la madre, o más bien la madre fantasmaticada, y a veces, curiosamente —lo veremos— el padre fantasmaticado. Para la niña, el objeto es ante todo la madre fantasmaticada y en un segundo tiempo el padre. El varoncito entra en el Edipo y se pone a manipular su pene, al tiempo que se abandona a fantasmas ligados a su madre. Después, bajo el efecto combinado de la amenaza de castración proferida por el padre y la angustia provocada por la percepción del cuerpo femenino privado de falo, el varón renuncia a poseer el objeto-madre. El afecto alre-

dedor del cual se organiza, culmina y se disuelve el Edipo masculino, es la *angustia*; la angustia así llamada de castración, es decir el temor de ser privado de aquella parte del cuerpo que el varón considera, a esta edad, como el objeto más preciado: su pene/falo.

En la niña pequeña, el tránsito de la madre al padre es más complejo. El acontecimiento capital del Edipo femenino es la decepción que siente la niña al comprobar la falta de un falo del que creía haber sido dotada. Este sentimiento de decepción en el que se mezclan rencor y nostalgia, adquirirá la forma acabada de un afecto de envidia: la envidia del pene/falo. El afecto en cuyo derredor gravita el Edipo femenino no es, por lo tanto, la angustia como en el caso del varón, sino la envidia. Envidia celosa del pene que rápidamente pasará a ser deseo de tener un hijo del padre, y más tarde, una vez que la niña se haya convertido en mujer, deseo de tener un hijo del hombre elegido. Precisemos no obstante que Freud completó mucho después la teoría de la castración en la niña, reconociendo que la envidia celosa no era la única respuesta a la castración que ella cree definitivamente cumplida a causa de su falta de pene. Existe además en la mujer otro afecto edípico aparte de la envidia, y es el de la angustia, no de perder el pene/falo que jamás tuvo, sino de perder

ese otro “falo” inestimable que es el amor procedente del amado. La angustia de castración en la mujer no es otra cosa que la angustia de perder el amor del ser amado. En una palabra, los dos afectos primordiales que decidirán el desenlace del Edipo femenino son *la envidia celosa del pene / falo* y *la angustia de perder el amor*.

Comentario sobre el Edipo del varón: el papel esencial del padre

Quisiera disipar aquí un frecuente malentendido en lo que concierne al Edipo del varón, y en particular al papel que desempeña en él el padre. Habitualmente, tal como nosotros mismos acabamos de hacerlo, ponemos el acento en el apego del varón a su madre como objeto sexual y en el odio hacia el padre. Ahora bien, sin renegar de esta configuración clásica del Edipo, Freud privilegió hasta tal extremo la relación del varón con su padre que no vacilaremos en hacer del padre —y no de la madre— el personaje principal del Edipo masculino. El argumento es el siguiente. En la primera etapa de la formación del Edipo, reconocemos los dos tipos de vinculación afectiva del

varón: un apego deseante hacia la madre considerada como objeto sexual, y sobre todo una inclinación hacia el padre tomado como modelo para imitar. El varón hace de su padre un ideal en el que él mismo quisiera convertirse. Mientras que el vínculo con la madre —objeto sexual— se alimenta del impulso del *deseo*, el vínculo con el padre —objeto ideal— descansa en un sentimiento de *amor* nacido de la *identificación* con un ideal. Estos dos sentimientos, deseo por la madre y amor por el padre, nos dice Freud, se acercan el uno al otro, “[...] terminan por encontrarse, y de esta confluencia nace el complejo de Edipo normal”.⁷ Ahora bien, ¿qué sucede al producirse este encuentro? El chiquillo se ve turbado por la presencia del padre, que obstaculiza su impulso deseante hacia la madre. La identificación amorosa con el padre ideal se transforma primero en una actitud hostil y acaba luego en una identificación con el padre en cuanto hombre de la madre. El niño quiere en realidad reemplazar a su padre junto a la madre, considerada como objeto sexual, y pasar a ser el compañero elegido por ella. Desde luego, todos estos afectos para con el padre se entrecruzan y se combinan en una mezcla de ternura hacia el ideal, de animosidad hacia el intruso y de apetito de poseer los atributos del hombre.

Con todo, puede ocurrir que el Edipo se invier-

ta de curiosa manera. El verdadero Edipo invertido —expresión harto utilizada y rara vez comprendida— consiste en el cambio radical de estatus del objeto-padre: *el padre aparece a los ojos del varón como un deseable objeto sexual*. Todo se ha trastocado. De objeto ideal que despertaba admiración, ternura y amor, el padre ha pasado a ser un objeto sexual que excita el deseo. Antes, el padre era lo que uno quería *ser*, un ideal; ahora, el padre es lo que uno querría *tener*, un objeto sexual. En síntesis, el padre se presenta para el varón bajo tres figuras diferentes: amado como un ideal, odiado como un rival y deseado como un objeto sexual. Esto es lo que nos importaba subrayar: lo esencial del Edipo masculino son las vicisitudes de la relación del varón respecto de su padre, y no —como generalmente se cree— respecto de su madre, pues la causa más frecuente de la neurosis del hombre adulto reside en el vínculo perturbado con el padre.

*

Unas pocas palabras más para subrayar las particularidades de la fase fálica, crucial si se la compara con las fases precedentes por cuanto de su desenlace dependerá la identidad sexual en la edad adulta. Veamos los aspectos que habrá que

retener. Señalemos primeramente que en esta fase, el objeto fantasmaticado de la pulsión ya no se asienta únicamente sobre una parte del cuerpo del individuo, como el pulgar o los excrementos (y ahora el pene o el clítoris), sino sobre una persona. El objeto fantasmaticado de la pulsión (falo) adquiere ahora la figura de una madre o de un padre presa ellos mismos de sus deseos y pulsiones. La madre es percibida por el varón de la fase fálica a través del fantasma de una madre deseante; y lo mismo, sin duda, en cuanto al padre.

Señalemos también que durante esta fase el niño hace por primera vez la experiencia de perder el objeto de la pulsión, no a consecuencia de una evolución natural, como había ocurrido en los estadios precedentes (destete, por ejemplo), sino en respuesta a una conminación. El varón elige perder su objeto-madre y someterse a la ley universal de prohibición del incesto. Ley que el padre ordena a su hijo respetar bajo pena de privarlo del pene/falo.

Señalemos finalmente que la fase fálica es la única que concluye con la resolución de una opción decisiva: el varón deberá optar entre salvar una parte de su cuerpo o salvar el objeto de su pulsión. Esta alternativa equivale, en definitiva, a elegir una forma u otra de falo: o bien el pene, o bien la madre. El niño deberá decidir entre preservar su

cuerpo de la amenaza de castración, es decir preservar el pene, o bien conservar el objeto de su pulsión, es decir la madre. Debe elegir entre salvar su pene y renunciar a su madre, o no renunciar a su madre pero entonces sacrificar su pene. Indudablemente, el desenlace normal consiste en renunciar a la madre y salvar la integridad de la persona. El amor narcisista prevalece sobre el amor objetal. Esta alternativa que yo presento como el drama que habría vivido un niño Edípico es, en verdad, la misma que atravesamos todos en ciertos momentos de nuestra existencia, cuando nos vemos forzados a tomar decisiones en las que se juega la pérdida de lo que nos es máspreciado. Entonces, para preservar nuestro ser, a menudo lo que abandonamos es el objeto. Está en la naturaleza del ser humano el ser gobernado por su tendencia egoísta a la autoconservación.

*Pulsiones de vida
y pulsiones de muerte.
El deseo activo del pasado*

Les anuncié que Freud modificó su primera teoría de las pulsiones, que oponía las pulsiones represoras del yo a las pulsiones sexuales. La razón principal de esta modificación fue el descubrimiento del narcisismo. En efecto, recordemos que, para engañar a las pulsiones, el yo se había convertido en un objeto sexual fantasmaticado: ya no hay por qué distinguir entre un supuesto objeto sexual exterior hacia el que se inclinaría la libido pulsional, y el yo mismo. El objeto sexual exterior, el objeto sexual fantasmaticado y el yo son una sola y misma cosa que llamamos objeto de la pulsión. Adoptado este punto de vista, habíamos concluido: el yo se desea a sí mismo como objeto pulsional.

Pero si la libido de las pulsiones sexuales puede dirigirse a ese objeto único que es el yo, entonces ya no hay por qué reconocer al yo una voluntad consciente de censura respecto de las pulsiones sexuales. Por consiguiente, las pulsiones del yo desaparecen de la teoría de Freud, y con ellas el par antagónico pulsiones del yo/pulsiones sexuales. Freud propone entonces agrupar los movimientos libidinales, dirigidos tanto sobre el yo como sobre los objetos sexuales, bajo la expresión única de *pulsiones de vida*, que él opone a la de *pulsiones de muerte*. La meta de las pulsiones de vida es la ligazón libidinal, es decir el establecimiento de lazos—libido mediante—entre nuestro psiquismo, nuestro cuerpo, los seres y las cosas. Las pulsiones de vida tienden a investirlo todo libidinalmente y a asegurar la cohesión entre las diferentes partes del mundo vivo. Las pulsiones de muerte, en cambio, se orientan a desprender la libido de los objetos, a su desligazón y al retorno ineluctable del ser vivo a la tensión cero, al estado inorgánico. En este aspecto, señalemos que la “muerte” que preside estas pulsiones no es siempre sinónimo de destrucción, guerra o agresión. Las pulsiones de muerte representan la tendencia del ser vivo a encontrar la calma de la muerte, el reposo y el silencio. Es verdad que pueden ocasionar también las acciones más criminales, cuando

do la tensión intenta aliviarse sobre el mundo exterior, pero en el caso en que estas pulsiones permanecen en el interior de nosotros, son profundamente benéficas y regeneradoras.

Observemos que estos dos grupos de pulsiones actúan no solamente de consuno, sino que comparten un rasgo común. Quisiera detenerme aquí porque este rasgo constituye un concepto absolutamente nuevo, un verdadero salto en el pensamiento freudiano. ¿Cuál es ese rasgo común a las pulsiones de vida y de muerte? ¿Cuál es ese concepto nuevo? Más allá de su diferencia, las pulsiones de vida y de muerte aspiran a restablecer un estado anterior en el tiempo. Sea la pulsión de vida la que, anudando seres y cosas, aumenta la tensión, o la pulsión de muerte que aspira a la calma y al retorno a cero, ambas tienden a reproducir, a repetir una situación pasada, haya sido esta agradable o desagradable, placentera o displacentera, serena o agitada. Aquellos que nos hablan, nuestros pacientes, suelen mostrar una tendencia a repetir sus fracasos y sufrimientos con un vigor más poderoso aún que el que los conduce a recobrar los acontecimientos gratos del pasado. Así el caso de aquel director de empresa siempre creativo, que no puede evitar que sus proyectos se derrumben indefectiblemente apenas realizados, como si estuviesen condenados por la fatalidad.

En síntesis, el nuevo concepto introducido por Freud con la segunda teoría de las pulsiones es el de la *compulsión a la repetición en el tiempo*.⁸ La exigencia de repetir el pasado doloroso es más fuerte que la búsqueda del placer en el acontecimiento futuro. La compulsión a repetir es una pulsión primera y fundamental, pulsión de pulsiones; no es ya un principio que orienta, sino una tendencia que exige volver atrás para reencontrar lo que ya tuvo lugar. El deseo activo del pasado, aun si el pasado fue malo para el yo, se explica por esta compulsión a retomar lo que no había sido terminado, con la voluntad de completarlo. Habíamos demostrado que nuestros actos involuntarios eran los sustitutos de una acción ideal e incumplida. La compulsión a la repetición sería, pues, este deseo de retornar al pasado para perfeccionar sin escollos y sin demoras la acción que había quedado en suspenso, como si las pulsiones inconscientes no se resignaran nunca a ser condenadas a la represión.

Podemos afirmar entonces que la compulsión a repetir en el tiempo es más irresistible todavía que la pulsión a reencontrar el placer. La tendencia conservadora —la de volver atrás— propia de las pulsiones de vida y de muerte, prima sobre la otra tendencia, igualmente conservadora, regida por el principio de placer, la de recuperar un estado sin

tensión. De ahí que Freud considere la compulsión a la repetición como una fuerza que desborda los límites del principio de placer, que va más allá de la búsqueda de placer. Sin embargo, el par pulsiones de vida y de muerte se rige siempre por la acción conjugada de estos dos principios capitales del funcionamiento mental: reencontrar el pasado y reencontrar el placer.

La segunda teoría del aparato psíquico: el Yo, el Ello y el Superyó

El aparato psíquico se divide en un "ello" que es el portador de las mociones pulsionales, un "yo" que constituye la parte más superficial del "ello", modificada por la influencia del mundo exterior, y un "superyó" que, surgido del "ello", domina al yo y representa las inhibiciones de la pulsión, características del hombre.

S. Freud

La dificultad teórica que conduce a Freud a establecer una nueva concepción de psiquismo es el problema de la represión. Su experiencia de terapeuta le ha hecho comprender que la represión no se expresa en la clínica como una censura que el paciente ejercería constantemente sobre sus pulsiones. No, la represión no es una repulsa consciente del deseo y de las pulsiones inconscientes, sino una barrera de regulación automática

que opera a espaldas del sujeto. Las resistencias del analizante, por ejemplo, al progreso de la cura no son de ningún modo intencionales: el paciente resiste, pero no sabe por qué ni cómo resiste. El malestar de los analizantes durante sus sesiones, sus quejas frecuentes o el empobrecimiento de sus asociaciones de ideas, mostraron a Freud que la represión, y más generalmente el conjunto de los mecanismos de defensa del yo, trabajan al servicio del inconsciente. Freud deduce entonces que la represión es un gesto del yo tan inconsciente como las representaciones inconscientes que él reprime. Con esta hipótesis, se hace imposible continuar pensando que habría un yo consciente que reprime y un reprimido inconsciente que presiona. De aquí en más tenemos que reconocer que el yo es una instancia mixta en la que coexisten partes y funciones a la vez conscientes, preconscientes e inconscientes. Desde este momento, ya no podemos identificar el yo con la conciencia y sostener que el yo sería la conciencia de sí. No, el yo es una de las tres instancias del aparato psíquico cuya parte consciente es más bien reducida. Observemos que otra instancia, el superyó, puede también no sólo hacerse oír en la conciencia, sino además inducir insidiosa e inconscientemente las conductas del sujeto.⁹

Con estas rectificaciones teóricas, el inconsciente adopta un nuevo estatuto. Dado que los tres

componentes del aparato psíquico pueden ser inconscientes, el inconsciente cesa de ser una entidad autónoma y se convierte en una propiedad de cada una de esas instancias. Hagamos memoria. Hasta aquí habíamos distinguido el sistema preconscious/conscious del sistema inconsciente, considerado este último como sinónimo de lo reprimido. Pues bien, a partir del momento en que se comprueba que la represión es también inconsciente, ya no es posible asimilar inconsciente y reprimido. El inconsciente es a un tiempo represión y reprimido. Freud renuncia así hacia 1920, en mitad de su obra, a concebir el inconsciente como un sistema autónomo, y privilegia la acepción descriptiva del término inconsciente, que él define como cualidad atribuible a cada una de las instancias del aparato psíquico.

Sin embargo, de las tres instancias psíquicas, es el Ello el que, en la nueva carta geográfica del psiquismo, pasa a ser la región más fácilmente identificable con el inconsciente. Lo inconsciente es sin duda un atributo de las tres instancias psíquicas, pero quien está más marcado por el rasgo específico del inconsciente es el Ello. Escuchemos a Freud: "Ya no utilizaremos, pues, 'inconsciente' en el sentido sistemático y daremos a lo que hasta ahora se designaba así un nombre mejor que no se prestará al malentendido [...]:

Ello. Este pronombre impersonal parece particularmente apropiado para expresar la característica principal de esta provincia psíquica [el inconsciente], su característica de ser extraño al yo.”¹⁰ Lo que es importante subrayar en estas frases es la idea de que en el nódulo del yo palpita sin embargo la cosa más extraña al yo. Tanto si se llama al inconsciente “sistema” como en la primera teoría, o “Ello” como en la segunda, es siempre el núcleo central de nuestro ser, y al mismo tiempo lo más impersonal y heterogéneo que existe. Se comprende entonces hasta qué punto el pronombre “*ello*” es perfectamente adecuado para designar esa cosa nuestra tan íntima que nos hace actuar, y paradójicamente tan oscura, primitiva e inapresable.

¿Qué es el Ello? Es un concepto inventado por Groddeck y recogido por Freud para expresar la sobredeterminación que ejerce sobre el yo una fuerza desconocida e íntima a la vez. “Yo afirmo —escribe Groddeck— que el hombre está animado por lo Desconocido, una fuerza maravillosa que gobierna lo que hace y lo que le sucede. La proposición ‘yo vivo’ es sólo parcialmente correcta, pues no expresa más que un aspecto de lo vivido. En realidad: ‘El hombre *es vivido* por el Ello’. Y más adelante: “Decir ‘yo pienso, yo vivo’ es una mentira y una deformación. Habría que decir ‘Ello pien-

sa, ello vive'. Ello, es decir el gran misterio del mundo."¹¹

Pero si es verdad que el inconsciente en tanto sistema es intrínsecamente asimilable al Ello, existen sin embargo algunas diferencias que podemos resumir así:

- En el Ello encontramos no solamente representaciones inconscientes de cosas grabadas en el psiquismo bajo el impacto del deseo de los otros, sino también representaciones innatas, propias de la especie humana, inscriptas y transmitidas filogenéticamente.

- A diferencia del inconsciente, el Ello se presenta como el gran reservorio de la libido narcisista y objetal donde el yo y el superyó toman su energía para alimentar sus acciones respectivas.

- Pero la distinción más importante entre el Ello y el inconsciente es la capacidad asombrosa del Ello de *percibir* en el interior de sí mismo las variaciones de tensión pulsional. Freud califica este curioso fenómeno de *autopercepción endopsíquica*. Agreguemos que las modificaciones de tensión pulsional autopercebidas por el Ello serán traducidas en la conciencia en forma de sentimientos de placer o de displacer.

*

Un último comentario sobre el yo. En psicoanálisis, el yo no designa al individuo o a la persona, sino una instancia del aparato psíquico afectada por los rasgos siguientes:

- una organización muy estructurada de las representaciones mayoritariamente inconscientes, pero igualmente preconscientes y conscientes;

- una localización espacial excepcional entre dos mundos que le son intrínsecamente extraños: el del adentro, el Ello, y el del afuera, la realidad exterior;

- una sensibilidad que lo constituye en la antena del psiquismo, en el órgano de percepción de todas las excitaciones, provengan del adentro (variaciones de la tensión pulsional) o del afuera. Esta función de radar se completa con otra función que es la de integrar y adaptar la vida pulsional interna a las exigencias del mundo externo;

- una génesis particular, porque el yo ha nacido del Ello, como un pedazo de él que se habría desprendido;

- un desarrollo cuyo camino está jalonado por las identificaciones sucesivas con los diversos objetos pulsionales tenidos en mira por el Ello (objetos sexuales y fantasmaticados);

- y, por último, una relación exclusiva con el cuerpo, por lo mismo que el yo se define como la

proyección mental de la superficie del cuerpo propio; más exactamente, como la proyección mental de los contornos de nuestro cuerpo.

Ahora bien, para comprender aún mejor ese concepto abstracto que es el yo, nos es preciso imaginarlo bajo la doble figura de un personaje tan pronto activo, tan pronto angustiado. Activo, realiza no solamente funciones perceptuales, adaptativas y de síntesis, sino que principalmente toma en el Ello la parte más grande de su libido e incluso, como Freud lo repitió a menudo, ambiciona apropiarse del reino oscuro del Ello, civilizar al Ello. “Ahí donde era el Ello, escribía Freud, el yo debe advenir”,* o incluso: “El psicoanálisis es un procedimiento que facilita al yo la conquista progresiva del Ello.”

La otra figura del yo, pasiva y angustiaada, es la que este adopta para defenderse de las excitaciones peligrosas provenientes del Ello y del mundo exterior. Las excitaciones pulsionales internas estimulan al yo de manera directa o indirecta. La vía directa es la de las exigencias pulsionales apremiantes y desconsideradas, mientras que la indirecta pasa por la mediación del superyó para hacer oír las exigencias del Ello. A la célebre

* Recordemos que Lacan sustituye la palabra yo por la palabra *je*. Así, tenemos en español: Allí donde estaba el ello, el sujeto (*je*) del inconsciente debe advenir. [T.]

fórmula de Lacan: "El Ello habla", convendría añadir: El Ello habla con la boca, la voz y las palabras del superyó, porque es el superyó el que le vocifera al yo las exigencias del Ello. Pero, sea cual fuere el tipo de excitaciones percibidas por el yo, este siente las exigencias del Ello como un peligro amenazador que lo angustia. El yo se angustia porque responder a excitaciones tan intensas equivaldría a desaparecer, y se angustia también por temor de ser castigado por haber desobedecido las órdenes del superyó. Queda aún un tercer motivo de angustia del yo: los apremios inherentes a la realidad exterior. Enumeramos así tres variedades de angustia yoica: la angustia frente al Ello, ser aniquilado; la angustia frente al Superyó, ser castigado; y por último, la angustia frente a lo real, ser impotente.

El concepto psicoanalítico de identificación

La obra de Freud está atravesada por la problemática de la Identificación, de ahí que nos veamos precisados de presentar al lector estas páginas acerca de dicho concepto psicoanalítico.¹²

Para comenzar, recordemos las dos acepciones que tiene la palabra “identificación” en el lenguaje corriente. Se la utiliza en su primera acepción para decir que *encontramos* o *reconocemos* una cosa. Por ejemplo, un experto en pintura identifica, es decir reconoce, el origen de un cuadro. Asimismo el empleo de la sigla OVNI para indicar que hemos creído ver en el cielo un “objeto volador no *identificado*”. La segunda acepción es la que nos interesa más en psicoanálisis, y corresponde a la forma reflexiva del verbo “identificar”, es decir “*identificarse*”. Diremos que un sujeto se identifica con alguien o con algo cuando se confunde con él o

con esa cosa, cuando se dirige al otro para asimilarlo y asimilarse a él hasta hacerse idéntico a él; siendo el ejemplo más impactante el del mimetismo. Un animal como el camaleón se vuelve semejante —en apariencia— a su medio circundante. Para escapar a sus predadores se confunde, es decir *se identifica*, con las rocas o los vegetales que lo rodean. O bien, este otro ejemplo de un pez cuyo parecido con las piedras y corales que lo rodean es de tal magnitud, que sólo recientemente pudo ser descubierto por los zoólogos. Quisiera remarcar que *identificarse con* es una acción, un acto, el movimiento activo de un sujeto que quiere volverse idéntico a otro diferente de él.

Llegamos así al psicoanálisis. ¡Pues bien!: el concepto psicoanalítico de identificación corresponde a esta segunda definición según la cual "*identificarse*" es un movimiento hacia el otro, una necesidad de absorberlo, de comerlo y hasta de devorarlo. Ahora bien, una persona tiene dos maneras diferentes de identificarse con alguien o con algo. Tomemos el caso más simple, el de un hijo que se identifica con su padre. Puede hacerlo de dos maneras. La primera es un *deseo consciente* de ser como su padre; así sucede con el varón de siete años que sueña con ser tan fuerte como su papá y que trata de imitarlo en todo. Esta es también la actitud de los "fans" que se empeñan en

asemejarse a su ídolo en la manera de hablar, en la vestimenta o el peinado. Obsérvese que esta identificación con una *star* puede dar lugar a la creación de un club de “fans”, e incluso al nacimiento de una verdadera comunidad, de una verdadera familia organizada en torno a una identificación colectiva con una única figura ideal. Pero, se trate de un niño que quiere ser como su padre o del joven que quiere parecerse a su cantante preferido, estamos en presencia de un *deseo consciente* de ser como el otro.

Sin embargo, hay una segunda manera de identificarse con otro, en la que el proceso no es consciente. Ciertamente, nos vemos arrastrados por el mismo movimiento activo de ir hacia el otro para asimilarlo y dejarnos asimilar por él, pero se trata de un impulso espontáneo e irreflexivo de identificación. “Quiero ser el otro y quiero ser en el otro, pero no tengo conciencia de este deseo.” En psicoanálisis, a este deseo no lo llamamos así, ni tampoco envidia, sino deseo. Más exactamente: *deseo inconsciente de ser el otro*. Este deseo inconsciente puede ser llamado también “identificación inconsciente”. Tomando el ejemplo del hijo y del padre, diremos que el hijo se identifica *inconscientemente* con su padre. Siendo así, ¿con qué parte del padre se identifica el hijo? El hijo puede identificarse, es decir incorporar dos aspectos distintos del padre:

en primer término puede identificarse con los *rasgos visibles* de su padre, adoptar su porte, reproducir sus mímicas y a veces, una vez adulto, ejercer la profesión paterna. En todos estos ejemplos el hijo se parece a su padre sin habérselo propuesto y sin tener conciencia de ello. Diremos entonces que el hijo se ha identificado inconscientemente con los *rasgos visibles* del padre. Lejos de ser una imitación consciente, la semejanza resulta de una identificación inconsciente.

Ahora bien, el sujeto puede identificarse además —siempre sin saberlo— no ya con tal o cual particularidad exterior y visible del otro, sino con emociones, sentimientos, afectos; deseos y hasta fantasmas sepultados en la vida interior de ese otro. Tan sepultados que, en ocasiones, el otro ignora albergar estas emociones, deseos o fantasmas. Y se da el caso de que el sujeto —en nuestro ejemplo, el hijo— se identifica inconscientemente con sentimientos, deseos y fantasmas que el propio padre desconoce. Quisiera repetir esta idea porque hace al nódulo del concepto psicoanalítico de identificación. Si me piden ustedes una definición de la identificación desde el punto de vista analítico, les diré que la identificación es el movimiento activo e inconsciente de un sujeto, es decir *el deseo inconsciente de un sujeto de apropiarse de los sentimientos y los fantasmas inconscientes del*

otro. Esta definición, que tal vez les parezca demasiado abstracta, traduce bien sin embargo las turbulencias y vivas agitaciones de las fuerzas íntimas que circulan entre dos seres y los aproximan sin que ellos lo sepan. Un hijo, por ejemplo, puede identificarse de manera tan inconsciente e intensa con la falta que su padre cometió alguna vez o creyó cometer, que se sentirá culpable como si él mismo la hubiera cometido. Tomemos otro ejemplo, el del hijo de un agricultor que comunica a su padre la decisión de abandonar definitivamente el campo para hacerse marino. En medio de su pesar, el padre recuerda súbitamente haber soñado también él, de joven, con navegar y unir su destino al mar. Sin sospecharlo, un hijo puede realizar treinta años después un viejo deseo olvidado de su padre.

Quisiera concluir mediante dos observaciones que son tal vez lo esencial de lo que tenía que decirles. Han comprendido ustedes seguramente que hablar de la identificación de una persona con otra equivale pura y simplemente a hablar del amor. Porque yo no puedo identificarme con otro si este otro no es mi elegido. O, para decirlo más exactamente: identificarme con el otro, asimilarlo y dejarme asimilar por él es, ni más ni menos, amarlo. La identificación es la palabra que nombra el proceso del amor.

Pero la identificación designa también un proceso tan esencial como el del amor: el proceso de formación del yo. Me explicaré planteando un último interrogante. ¿Quién somos, desde el punto de vista de nuestro psiquismo? ¿Qué es el yo? Quiero decir, ¿de qué sustancia está hecho nuestro yo? Pues bien, la respuesta del psicoanálisis es muy clara: estamos hechos de todas las improntas que dejan en nosotros los seres y las cosas que amamos intensamente o que hemos amado intensamente y que, en ocasiones, hemos perdido. Es decir, los seres y las cosas con los que nos hemos identificado. Entonces, ¿quién soy yo? Yo soy la memoria viva de los seres a quienes amo hoy y de los que amé antaño y luego perdí. La identificación es lo que me hace amar y ser lo que soy.

*La transferencia
es la puesta en acto
de una pulsión cuyo objeto
fantasmaticado
es el inconsciente del psicoanalista*

Para concluir este libro, les pediré que entren en el consultorio del psicoanalista. Podrán comprobar allí hasta qué punto la relación del paciente con su terapeuta puede entenderse como una expresión clínica de la vida de las pulsiones. La relación analítica se entabla en el nivel elemental de las pulsiones, aun cuando estas no se expresen sino a través de los fantasmas. Del apego más fervoroso a la hostilidad más patente, el vínculo analista/paciente toma todas sus particularidades de los *fantasmas* que alimentaron las relaciones afectivas vividas en lejanos tiempos por el analizante. He aquí el fenómeno de la *transferencia*. ¿Qué es la transferencia? La transferencia

es una repetición muy especial: en vez de recordar el pasado, el analizante lo repite como una experiencia vivida en el presente de la cura, ignorando que se trata de una repetición. El paciente transfiere sus emociones infantiles, del pasado hacia el presente y de sus padres hacia el analista. Debe aclararse, no obstante, que el vínculo transferencial con el analista no es la simple reproducción en el presente de los lazos afectivos y deseantes del pasado. La transferencia es ante todo la puesta en acto en el presente de los fantasmas que alimentaron en otro tiempo los primeros vínculos afectivos. Preciso es comprender que la transferencia no es la simple repetición de una relación antigua concreta, sino la actualización de un fantasma permanente.

Ahora bien, el manejo de la transferencia requiere por parte del analista no sólo una gran destreza, y experiencia, sino una constante actividad de autopercepción de los fantasmas que lo atraviesan cuando escucha. El instrumento del psicoanalista no es solamente su saber, sino ante todo su propio inconsciente, único medio del que dispone para captar el inconsciente del paciente. Si en el complejo de Edipo, el objeto de la pulsión fálica es la madre, nosotros postularemos que, en la transferencia, el objeto de la pulsión analítica —llamémoslo así— es el inconsciente del psicoa-

nalista. Dicho de otra manera, la transferencia es la puesta en acto de una pulsión cuyo objeto fantasmaticizado es el inconsciente del psicoanalista.

La disponibilidad del analista para la escucha, que le permite no sólo operar con su inconsciente sino también ofrecer su inconsciente a las pulsiones del paciente, explica que las producciones del inconsciente surgidas durante la cura se manifiesten, por turno, en uno o en otro de los participantes del análisis. El reconocimiento de esta alternancia me indujo justamente a proponer la tesis de un inconsciente único. No hay dos inconscientes que pertenezcan, uno al analista, y el otro al analizante, sino un solo y único inconsciente. Las formaciones del inconsciente, cuya aparición se alterna unas veces en el analista y otras en el analizante, pueden ser consideradas legítimamente como la doble expresión de un único inconsciente, el de la relación analítica.

*

El psicoanálisis no es un sistema cerrado, a la manera de una construcción abstracta. Está obligado a abrirse de manera constante y a avanzar a tientas, porque debe tener en cuenta incesantemente las enseñanzas que el psicoanalista extrae de su práctica. Este hecho, el solo hecho de que

haya pacientes que expresan su dolor, incita al psicoanalista a volver una y otra vez a los fundamentos del psicoanálisis, para retomarlos y actualizarlos como acabo de hacerlo yo en este libro. A diferencia de otras disciplinas del espíritu, el psicoanálisis está necesariamente abierto, por cuanto se encuentra sometido incesantemente a la prueba de esa verdad que es la escucha de quien sufre y dice su sufrimiento.

* *

*

Extractos de la obra
de Sigmund Freud

Biografía
de Sigmund Freud

Selección
bibliográfica

Extractos de la obra de Sigmund Freud

Los textos en negrita que presentan las citas pertenecen a J. D. Nasio.

El psicoanálisis es un procedimiento, un método y la teoría que se deriva de él

«Psicoanálisis es el nombre: 1) De un método de investigación de procesos anímicos inaccesibles de otro modo. 2) De un método terapéutico de perturbaciones neuróticas basado en tal investigación; y 3) De una serie de conocimientos psicológicos así adquiridos [...].»¹

*

El conocimiento favorece la cura, y la cura nos hace conocer lo nuevo

«[...] pero hay otra cosa que puedo afirmar decididamente. En el psicoanálisis reinó desde el principio una unión indisoluble entre curar e in-

vestigar; el conocimiento trajo consigo el éxito terapéutico; fue imposible tratar a un paciente sin aprender al mismo tiempo algo nuevo; ninguna nueva información pudo adquirirse sin experimentar simultáneamente sus resultados benéficos. Nuestro procedimiento analítico es el único en el cual permanece asegurada esta preciosa conjunción.»²

*

¿Cuáles son los contenidos de la teoría psicoanalítica?

«Una vez más he de reagrupar los factores que constituyen el contenido de esta teoría. Ellos son: el acento puesto en la vida pulsional (afectividad), en la dinámica psíquica, en la significación y el determinismo generales, aun de los fenómenos psíquicos aparentemente más oscuros y más arbitrarios, la doctrina del conflicto psíquico y de la naturaleza patógena de la represión, la concepción de los síntomas mórbidos como satisfacción sustitutiva, el reconocimiento de la significación etiológica de la vida sexual, en particular la de los albores de la sexualidad infantil.»³

*

El tiempo 4 y el tiempo 3 de nuestro esquema

«Una parte [de las mociones pulsionales sexuales] presenta la preciosa propiedad de dejarse desviar de sus finalidades inmediatas y así, como tendencias “sublimadas”, poner su energía a disposición de la evolución cultural [nuestro *tiempo 4*]. Pero otra parte permanece en el inconsciente como moción de deseo insatisfecha e impulsa a la satisfacción, cualquiera sea, aun deformada [nuestro *tiempo 3*].»⁴

*

Lo que es, es el sustituto de lo que no ha sido

«[Los] síntomas se originaron en situaciones que contenían un impulso a una acción, impulso [...] que había sido reprimido [...]. Es en el lugar de estas acciones que no han tenido lugar donde justamente los síntomas habían surgido.»⁵

*

La represión originaria o primaria es una fijación del representante psíquico al suelo del inconsciente

Tenemos, pues, fundamentos para suponer una

primera fase de la represión, *una represión primitiva*, consistente en que a la representación psíquica [representante-representación] del instinto se le ve negado el acceso a la conciencia. Esta negativa produce una fijación, o sea que la representación de que se trate perdura inmutable a partir de ese momento, quedando el instinto ligado a ella.⁶

*

Luego que lo reprimido ha llegado a la conciencia bajo la forma de ramificaciones, la represión secundaria es la represión que lleva estas ramificaciones a su lugar de origen, es decir al inconsciente. La represión secundaria puede llamarse también “propriadamente dicha o “a posteriori”

«La segunda fase de la represión, o sea la *represión propriadamente dicha*, recae sobre ramificaciones psíquicas de la representación reprimida. [...] Así, pues, la represión propriadamente dicha es una fuerza opresiva (*nachdrängen*) posterior.»⁷

*

Lo reprimido es solamente una parte del inconsciente, estando la otra parte constituida por la represión misma

«Todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente; pero queremos dejar sentado desde un principio que no forma por sí solo todo el contenido de lo inconsciente. Lo inconsciente tiene un alcance más amplio; lo reprimido es, por tanto, una parte de lo inconsciente.»⁸

*

Lo reprimido dicta nuestros actos y determina nuestras elecciones afectivas

«No es preciso, salvo en sueños, que los niños recuerden jamás cuanto vivenciaron, sin comprenderlo, a la edad de dos años. [...] Pero, en todo caso, esos recuerdos invaden alguna vez su vida en una época posterior bajo la forma de impulsos obsesivos que dirigen sus actos, que les imponen simpatías y antipatías, que deciden muchas veces su elección amorosa, tan frecuentemente inexplicable por el raciocinio.»⁹

*

Los niños y los perversos han enseñado a Freud que la sexualidad humana supera ampliamente los límites de lo genital

«Se ha llegado a hablar del “pansexualismo” en el psicoanálisis, lanzándole el reproche absurdo de que pretendería explicarlo “todo” a partir de la sexualidad. [...] En lo que se refiere a la “ampliación” del concepto de la sexualidad, impuesta por el *análisis de los niños* y de los denominados *perversos*, recordaré a cuantos contemplan desdeñosamente el psicoanálisis desde su encumbrado punto de vista cuán estrechamente coincide la sexualidad ampliada del psicoanálisis con el Eros del divino Platón.»¹⁰

*

El placer sexual de succionar el pecho y el placer orgánico de calmar el hambre son dos satisfacciones inicialmente asociadas que luego se separan

«Se ve claramente que el acto de la succión es determinado en la niñez por la busca de un placer ya experimentado y recordado. Con la succión rítmica de una parte de su piel o de sus mucosas encuentra el niño, por el medio más sencillo, la

satisfacción buscada. [...] Diríase que los labios del niño se han conducido como una *zona erógena*, siendo, sin duda, la *excitación producida por la cálida corriente de la leche* la causa de la primera sensación de placer. En un principio la satisfacción de la zona erógena aparece asociada con la del hambre. La actividad sexual se apoya primeramente en una de las funciones puestas al servicio de la conservación de la vida, pero luego se hace independiente de ella.»¹¹

*

En el Edipo masculino, el padre se presenta a los ojos del varón bajo tres figuras diferentes: amado como un ideal, odiado como un rival y deseado como un objeto sexual. En este último caso, el varón no sólo considera a su padre como a un objeto sexual, sino que se ofrece a él, a la manera como lo hace la madre, como objeto sexual

«La relación del niño con su padre es [...] una relación ambivalente. Además del odio que quisiera suprimir al padre como a un enfadoso rival, existe, regularmente, cierta magnitud de cariño hacia él. [...] Y así, por miedo a la castración, esto es, por interés de conservar su virilidad, abandona

el deseo de poseer a la madre y suprimir al padre. [...] el sujeto comprende que también habrá de someterse a la castración si quiere ser amado, como una mujer, por el padre.»¹²

*

En el Edipo femenino, el afecto que domina no es, como para el varón, la angustia de castración, sino la envidia del pene

«Distinta es la relación de la pequeña niña. Al instante adopta su juicio y hace su decisión. Lo ha visto, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo [...] Así, la niña rehúsa aceptar el hecho de su castración, empecinándose en la convicción de que sí posee un pene, de modo que, en su consecuencia, se ve obligada a conducirse como si fuera un hombre.

Las consecuencias psíquicas de la envidia fálica [...] son muy diversas y trascendentes.»¹³

*

El otro afecto que domina en el complejo de castración de la mujer no es la angustia de ser castrada, puesto que ya lo está fantasmáticamente, sino la angustia de perder el amor del ser amado

«En la mujer parece ser el peligro de la pérdida del objeto la situación de mayor eficacia. En la correspondiente condición de angustia hemos de tener en cuenta una pequeña modificación: de que no se trata ya del sentimiento de necesidad de la ausencia, o la pérdida real del objeto, sino de la *pérdida de su amor.*»¹⁴

*

Lo propio del psicoanálisis no es la transferencia, sino el develamiento de la transferencia, su destrucción y su renacimiento

«No hay que creer que el fenómeno de la transferencia sea un producto de la influenciación psicoanalítica. La transferencia surge espontáneamente en todas las relaciones humanas, lo mismo que la del enfermo y el médico; es, en general, el verdadero vehículo de la influenciación terapéutica y actúa con tanta mayor energía cuanto menos se sospecha su existencia. Así, pues, no es el psicoanálisis el que la crea, sino que se limita a revelarla a la conciencia.»¹⁵

La cura analítica no crea la transferencia, no hace más que desenmascararla como a los otros

fenómenos psíquicos ocultos. [...] En el tratamiento psicoanalítico [...] todas las tendencias, aun las hostiles, deben ser despertadas, utilizadas para el análisis al volverse conscientes; así *se destruye sin cesar una vez más la transferencia*. La transferencia, destinada a ser el mayor obstáculo al psicoanálisis, se vuelve su más poderoso auxiliar, si se logra adivinarla en cada ocasión y traducir su sentido al enfermo.»¹⁶



Referencias de los extractos citados

1. *Psicoanálisis y teoría de la libido (dos artículos de Enciclopedia)*, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 2661.
2. *Análisis profano*, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 2957.
3. “Petit abregé de psychanalyse”, en *Résultats, idées, problèmes*, t. II, *op. cit.*, p. 104.
4. *Ibid.*, p. 115.
5. *Ibid.*, p. 100.
6. *La represión*, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. II, p. 2054.
7. *Ibid.*, p. 2054.
8. *Lo inconsciente*, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. II, p. 2061.
9. *Moisés y la religión monoteísta. Tres ensayos*, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 3317.
10. *Tres ensayos para una teoría sexual*, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. II, p. 1171.
11. *Ibid.*, p. 1200.
12. *Dostoievski y el parricidio*, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 3008.
13. *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 2896.

14. *Inhibición, síntoma y angustia, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 2866.
15. *Psicoanálisis. Cinco conferencias pronunciadas en la Clark University (Estados Unidos), Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. II, p. 1561.
16. *Cinq psychanalyses*, PUF, 1954, pp. 87-88.

Biografía de Sigmund Freud

- 1856
6 de
mayo
- Nacimiento de Sigismund Freud* en Friburgo, Moravia, en un ambiente de pequeños comerciantes judíos. Cuando Freud nace, tiene ya dos medio hermanos de veinte y veinticuatro años, fruto del primer matrimonio del padre. Estos medio hermanos tienen más o menos la misma edad que la madre de Freud.
- 1860
- Residencia en Viena de toda la familia.
- 1873
- Ingreso en la Universidad y descubrimiento del antisemitismo.
Lectura de Goethe.
Asistencia al curso de filosofía de Brentano (teórico del concepto de conciencia).

* En un momento dado, Freud decidió suprimir la sílaba *is* de su nombre, dejándolo convertido en Sigmund. [E.]

- 1876 Ingreso en el laboratorio de Brücke para estudiar el sistema nervioso de las anguilas.
- 1878 Encuentro con Breuer.
Estudios de neuropsiquiatría.
- 1885-86 Estada en París. Beca de estudios para trabajar con Charcot.
- 1886 Freud establece su consultorio en Viena. Traduce las *Leçons du Mardi* [Lecciones del martes] de Charcot.
Estudios de neuropsiquiatría infantil.
Casamiento con Martha Bernays.
- 1887 Encuentro con Fliess.
Practica la hipnosis.
Reside en Francia, en Nancy, para trabajar junto a Bernheim.
- 1890 Practica con sus pacientes el método catártico.
- 1891 Instalación de su consultorio en la calle Berggasse en Viena. Allí residirá casi cincuenta años, hasta su partida a Inglaterra.

- 1893 Redacción, con Breuer, de los *Estudios sobre la histeria*. Publicación del *Estudio comparativo de las parálisis motoras orgánicas e histéricas*.
Descubrimiento de los conceptos de defensa y represión.
- 1894 Ruptura con Breuer. **Descubrimiento del concepto de transferencia.**
- 1895 Concepción del *Proyecto de una psicología para neurólogos*.
Nacimiento de su quinta hija, Anna Freud, quien será una célebre psicoanalista de niños.
- 1896-1907 Durante estos once años, Freud gusta de viajar a menudo a Italia, para pasar allí sus vacaciones de verano.
- 1896 Emplea por primera vez el vocablo “psicoanálisis”. Muerte del padre de Freud.
- 1897 **Descubrimiento del concepto del Edipo.**
Comienzo de su autoanálisis.
Redacción de *La interpretación de los*

sueños. Primera teoría del aparato psíquico como un aparato reflejo. Descubrimiento del inconsciente como un sistema.

- 1900 Análisis de la joven histérica “Dora”.
- 1902 Steckel, un discípulo de Freud, empieza a practicar el psicoanálisis.
- 1903 Fundación del primer grupo de psicoanalistas, la “Sociedad Psicológica de los miércoles”.
Descubrimiento de la primera teoría de las pulsiones: pulsión sexual y pulsión del Yo.
Publicación de la *Psicopatología de la vida cotidiana*.
- 1904 Viaje a Grecia. Descubrimiento de Atenas y de la Acrópolis.
- 1905 Encuentro con Jung. **Descubrimiento de los estadios de desarrollo de la sexualidad infantil.**
Publicación de *Tres ensayos para una teoría sexual* y de *El chiste y su relación con lo inconsciente*.

- 1908 Encuentro con Sándor Ferenczi y Ernst Jones. Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis en Salzburgo.
Descubrimiento del complejo de castración.
- 1909 Viaje a los Estados Unidos con Jung y Ferenczi. Cinco conferencias de introducción al psicoanálisis en la Clark University. (*Psicoanálisis. Cinco conferencias pronunciadas en la Clark University, Estados Unidos.*)
- 1911 **Descubrimiento del concepto de narcicismo gracias al estudio de la psicosis paranoica.**
- 1913 Ruptura con Jung.
- 1920 Fundación de la policlínica de Berlín y del *International Journal of Psychoanalysis*.
Segunda teoría del aparato psíquico: Ello, Yo, Superyó.
Segunda teoría de las pulsiones: pulsión de vida, pulsión de muerte.
Publicación de *Más allá del principio del placer*.

Descubrimiento del concepto de compulsión a la repetición.

- 1923 **Organización del concepto de falo.** Diagnóstico de cáncer de mandíbula. Primera operación. Muerte de su nieto “más querido”, Heinz.
Importancia del concepto del Ello como el dominio más impersonal y más extraño al Yo. Publicación de *El yo y el ello*.
- 1926 Publicación de *Inhibición, síntoma y angustia*.
Año de la fundación de la Sociedad Psicoanalítica de París.
- 1929 Ruptura con Ferenczi.
- 1931 Agravamiento del cáncer de mandíbula.
- 1936 Freud cumple 80 años y celebra sus bodas de oro.
- 1938 El *Anschluss* [Anexión de Austria por la Alemania nazi]: Roosevelt y Mussolini intervienen a favor de Freud. Se

exilia en Londres, acompañado de su esposa y de su hija Anna. Allí recibe pacientes prácticamente hasta el final de su vida. Escribe sus últimos libros: *Compendio del psicoanálisis* y *Moisés y la religión monoteísta: tres ensayos*.

- 1939 23 de septiembre: muerte de Sigmund Freud a los 83 años.
- 1951 Muerte de Martha Freud.

Selección bibliográfica

TEXTOS EN LOS QUE FREUD SINTETIZA LO ESENCIAL DE SU OBRA

FREUD, Sigmund

- *Psicoanálisis. Cinco conferencias pronunciadas en la Clark University, Estados Unidos, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. II, p. 1533.
- *Compendio del psicoanálisis, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 3379.
- *Lecciones introductorias al psicoanálisis, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. II, pág. 2123.
- *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 3101.
- *Autobiografía, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 2761.
- *Conclusiones, ideas, problemas, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 3431.

- *Análisis profano, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. III, p. 2911.
- *Sur la psychanalyse, Cinq conférences*, Gallimard, 1991.

*

ASSOUN, P.-L., *Psychanalyse*, PUF, 1998.

AZOURI, C., *La Psychanalyse à l'écoute de l'inconscient*, Marabout, 1993. [*El psicoanálisis*, Madrid, Acento Editorial, 1995.]

DELBARY, F., *La Psychanalyse. Une anthologie. Les concepts psychanalytiques. L'expérience psychanalytique*, (tomos I y II), "Agora" Pocket, 1996.

LANDMAN, P., *Freud*, Les Belles Lettres, 1996.

LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.-B., *Vocabulaire de la psychanalyse*, PUF, 1996.

MIJOLLA (de), A. y MIJOLLA MELLOR (de), S. (bajo la dirección de), *Psychanalyse*, PUF, 1996.

NASIO, J.-D.,

- *Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychanalyse*, Rivages, 1988, y Petite Bibliothèque Payot, 1992. [*Enseñanza de 7 conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona, Gedisa, 1994.]

— *Enseignement de 7 nouveaux concepts cruciaux de la psychanalyse*, Désir/Payot, en prensa.

ROUDINESCO, E. y PLON, M., *Dictionnaire de psychanalyse*, Fayard, 1997.

VANIER, A., *Éléments d'introduction à la psychanalyse*, Nathan, 1996.

Notas

1. Esta visión “económica” del movimiento de la energía puede traducirse en una visión “semiótica” según la cual la *energía* que inviste una representación corresponde a la *significación* de la representación. Decir que una representación está cargada de energía equivale a decir que una representación es *significante*, portadora de *significación*.

Así el mecanismo de la *condensación* de la energía corresponde a la figura retórica de la *metonimia* en la cual una sola representación concentra todas las significaciones; y el mecanismo del *desplazamiento*, a la figura retórica de la *metáfora* en la cual las representaciones reciben una por una, sucesivamente, toda la significación. Observemos además que, para Lacan, esta relación está invertida: la *condensación* corresponde a la *metáfora*; y el *desplazamiento* corresponde a la *metonimia*.

2. Esta tesis que considera el placer absoluto como un peligro nunca fue formulada por Freud de un modo tan explícito. Nosotros la hemos desarrollado en base a las proposiciones freudianas sobre la represión, a la luz del concepto lacaniano de goce. A este respecto, véanse nuestras propuestas de *L'Hystérie ou l'enfant magnifique de la psychanalyse*, Petite Bibliothèque Payot, 1995, págs. 18-21, y “L'inconscient et la jouissance” in *Cinq leçons sur la*

théorie de Jacques Lacan, Petite Bibliothèque Payot, 1994, págs. 33-63.

3. Esta lógica en cuatro tiempos nos ha sido muy útil para pensar los conceptos lacanianos de goce y de objeto *a*. Véase nuestra obra *Cinq leçons sur la théorie de Jacques Lacan*, *op. cit.*, págs. 13-63.

4. S. Freud, *L'Interprétation des rêves*, PUF, 1967, página 520.

5. Las fuentes de los conceptos freudianos de represión y de representación provienen en parte de la obra de un filósofo y psicólogo alemán del siglo XIX, Joan Friedrich Herbart. Es posible acceder a su obra, que se encuentra inédita en francés, por la lectura de un antiguo libro de Marcel Mauxion, *La Métaphysique de Herbart et la critique de Kant*, Hachette, 1894.

6. Para profundizar nuestros desarrollos sobre el estadio fálico, el lector podrá remitirse a los capítulos "Le concept de castration" y "Le concept de phallus", in *Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychanalyse*, Petite Bibliothèque Payot, 1992, págs. 23-69, así como a nuestros extensos desarrollos sobre el Edipo del varón y de la niña en *Enseignement de 7 nouveaux concepts cruciaux de la psychanalyse* (de próxima publicación).

7. "L'identification", in *Essais de psychanalyse*, Payot, 1981, págs. 167-168.

8. Véase el capítulo titulado "Le concept de Compulsion de répétition", en nuestro *Enseignement de 7 nouveaux concepts cruciaux de la psychanalyse* (de próxima publicación).

9. Véase nuestro estudio sobre "Le concept de Surmoi" en *Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychanalyse*, *op. cit.*, págs. 189-220.

10. S. Freud, *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, Gallimard, 1984, págs. 100-101.

11. G. Groddeck, *La Maladie, l'art et le symbole*, Gallimard, 1969, pág. 245.

12. Para profundizar el estudio del concepto de identificación, el lector podrá remitirse al capítulo "Le concept d'Identification" en *Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychanalyse*, *op. cit.*, págs. 149-193.

Índice

¿Cómo leer a Freud?	13
Esquema de la lógica del funcionamiento psíquico	19
Definiciones del inconsciente	41
Definición del inconsciente desde el punto de vista descriptivo	
Definición del inconsciente desde el punto de vista sistemático	
Definición del inconsciente desde el punto de vista dinámico. El concepto de represión	
Definición del inconsciente desde el punto de vista económico	
Definición del inconsciente desde el punto de vista ético	
El sentido sexual de nuestros actos	55
El concepto psicoanalítico de sexualidad	59
Necesidad, deseo y amor	

Los tres destinos principales de las pulsiones sexuales: represión, sublimación y fantasma.	
El concepto de narcisismo	67
Las fases de la sexualidad infantil y el complejo de Edipo	73
Comentario sobre el Edipo del varón: el papel esencial del padre	79
Pulsiones de vida y pulsiones de muerte.	
El deseo activo del pasado	85
La segunda teoría del aparato psíquico: el Yo, el Ello y el Superyó	91
El concepto psicoanalítico de identificación	99
La transferencia es la puesta en acto de una pulsión cuyo objeto fantasmaticado es el inconsciente del psicoanalista	105
Extractos de la obra de S. Freud	109
Biografía de S. Freud	123
Selección bibliográfica	131
Notas	135